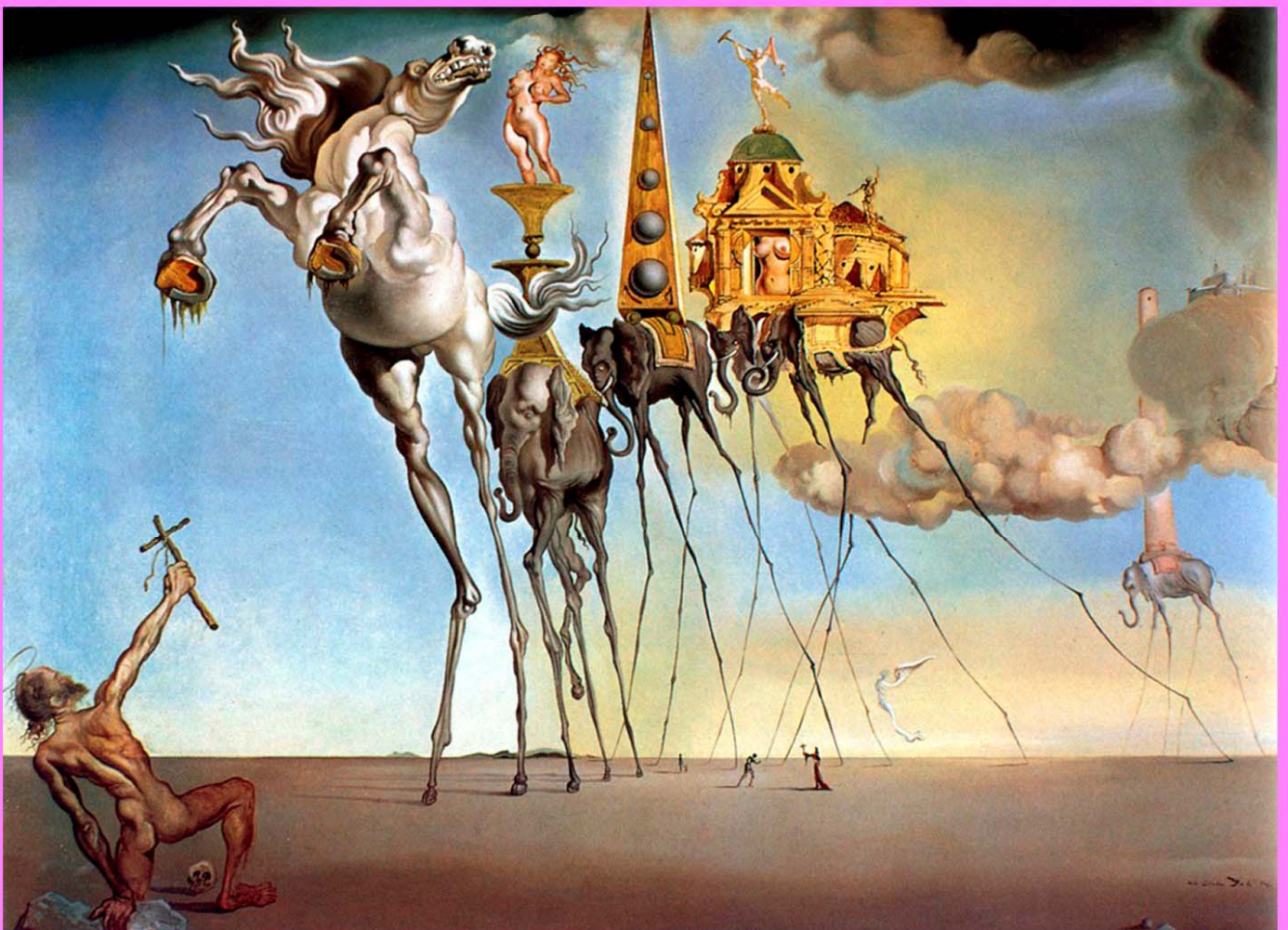


ONIROS

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON	3
EN LA CIUDAD	13
UNA PESADILLA CRUEL	22
PROYECTO SEGISMUNDO	24

PRESENTACIÓN

Según la mitología griega los Oniros, hijos de Hipnos, el dios del sueño, y de Nix, la diosa de la noche, eran las mil personificaciones de los sueños, siendo Morfeo el más conocido de ellos. De esta palabra proviene el término *onírico*, que según el DRAE significa “*Perteneciente o relativo a los sueños*”.

Como es sabido todas las culturas siempre han dado gran importancia a los sueños considerándolos premonitorios o proféticos; baste con recordar, a modo de ejemplo, el famoso sueño del faraón de las siete vacas gordas y otras tantas flacas que interpretó acertadamente José, tan sólo uno de los muchos que quedaron recogidos en la historia. Las apariciones sobrenaturales durante el sueño abundan en la mitología y la literatura de todas las épocas, e incluso Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, desarrolló toda una teoría sobre la interpretación de los sueños.

Yo, por mi parte, puedo añadir modestamente que algunos de los mejores argumentos de mis relatos se me ocurrieron o, mejor dicho, me vinieron a la mente, más que soñando, durante ese peculiar estado intermedio entre el sueño y la vigilia en el que la mente acostumbra a divagar de forma inesperada y, en ocasiones, sorprendente. Huelga decir que no encuentro nada de sobrenatural en ello, sino tan sólo una fructífera fuente de inspiración que, por lo que yo sé, es bastante común entre los escritores.

He de advertir que los relatos recogidos en este apartado no son los que me fueron inspirados por esta vía, sino aquellos que abordan, de una u otra manera, el tema de los mundos oníricos o de aquellos recreados tecnológicamente, siguiendo un criterio bastante amplio.

José Carlos Canalda

...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

La noche era oscura y sin luna, pero el cárdeno resplandor de los incendios iluminaba el abrupto camino con tintes siniestros. Corría, corría con la desesperación propia de quien sabe que en ello le va la vida... aunque era consciente de que sus esperanzas de sobrevivir eran muy escasas. La herida del costado, un sangrante y profundo tajo producido por la espada de un guerrero huno, le producía un lacerante dolor, a la vez que debilitaba sus ya escasas fuerzas ahora que las necesitaba más que nunca.

Pero sus ojos habían contemplado suficientes horrores en aquella trágica noche apenas iniciada, lo que le azuzaba en defensa de lo único que le quedaba ya: su propia vida. Había visto hombres empalados, mujeres violadas y degolladas, ancianos quemados vivos, niños descuartizados con saña salvaje... demasiados horrores, sin duda, para un espíritu civilizado y decadente como el suyo. Los hunos habían irrumpido de repente arrollando todo a su paso, matando y destruyendo antes que saqueando; sin duda era éste el verdadero azote de Dios, mucho más que las anteriores hordas invasoras que, pese a todo, siempre habían mostrado ciertos rudimentos de civilización.

Esta vez era peor, mucho peor. Se decía que Atila volvía para vengarse de la derrota sufrida el año anterior, en las lejanas Galias, a manos del romano Aecio y el visigodo Teodorico; y esta vez no golpeaba en remotas y casi perdidas provincias sino en la misma Italia, arrasando todo cuanto se interponía en su camino en una marcha triunfal cuya última meta era la mítica ciudad de Roma.

Nadie se le oponía, nadie se le enfrentaba; ni tan siquiera las antaño victoriosas tropas del general Aecio, la última esperanza romana, se atrevían a plantarle cara. Todos huían frente a su leyenda de destrucción y muerte, todos escapaban despavoridos de la saña brutal y salvaje de sus bárbaras hordas. Atrás quedaban tan sólo ruinas informes y cadáveres despedazados por los triunfantes jinetes del Apocalipsis, ebrios de sangre y de muerte.

Habían aparecido de repente, cayendo como buitres en busca de carroña sobre aquella tranquila y pacífica comunidad rural del valle del Po. Habían asesinado, ultrajado y destruido cuanto había tenido la desgracia de interponerse en su camino. Él mismo se había salvado de milagro de una muerte cierta gracias al cuchillo que alguien había clavado en la espalda a aquel espantoso huno cuando éste se disponía a rematarlo. Sí, había salvado la vida, pero ¿por cuánto tiempo? La herida le dolía cada vez más, y comenzaba a sentir los efectos de la sangre perdida. Corría, corría con desesperación al borde mismo de sus propias fuerzas, guiado tan sólo por la desesperación más absoluta, mientras a espaldas suyas se oían gritos cada vez más cercanos, gritos de muerte de los que caían, gritos de júbilo de los que mataban. La trágica cacería continuaba.

De repente tropezó con un obstáculo oculto en la oscuridad, cayendo de bruces en mitad de la estrecha vereda. Era el fin. No le quedaban fuerzas para levantarse en un intento postrero de salvar la vida, mientras las voces de sus enemigos, cual trágicos cantos fúnebres, sonaban cada vez más próximas.

Haciendo un último y desesperado esfuerzo logró incorporarse hasta quedar sentado en el suelo, resignado a aceptar con fatalismo su inevitable destino. Recordó entonces lo que afirmaban los cristianos acerca de que la muerte era en realidad una liberación, anhelando que pudieran estar en lo cierto.

Por fin llegó el tan temido momento en la forma de una negra y siniestra sombra recortada con nitidez contra el fondo encendido del horizonte; una mancha informe que se acercaba a paso firme al lugar donde él se encontraba inerme. Si existía el infierno, pensó con desaliento, debía de tratarse del demonio en persona dispuesto a cobrar su tributo.

Pero no era el demonio, sino un enjuto jinete asiático que se aproximaba montado en un pequeño caballo; ahora podía apreciar su rostro, espectralmente iluminado por la rojiza luz reflejada por las nubes que, a modo de piadoso cendal, cubrían el cielo; su tez oriental, tan inexpresiva como cruel...

El fin se acercaba, y él lo aceptaba con esa resignación que sólo surge en los momentos más sublimes, o en los más patéticos... y aguardaba, tranquilo, la llamada de la muerte; ni tan siquiera sentía ya el otrora lacerante dolor de la herida del costado.

El jinete se acercó frenando su ímpetu ante la patente indefensión de la resignada víctima. Ni tan siquiera se molestó en desmontar de su montura; bastó un golpe de la corta espada que empuñaba para cercenar limpiamente la cabeza del odiado romano. Éste, por su parte, apenas si llegó a darse cuenta del desgarrador dolor que le produjo el certero tajo; no había caído todavía a tierra su decapitado y aún palpitante cuerpo, cuando ya había embargado a su espíritu la más absoluta y placentera de las tranquilidades: la de la muerte.

* * *

La puerta se abrió con lúgubres chirridos girando sobre sus enmohecidos goznes, lo que permitió que un pequeño retazo de claridad penetrara en el interior del calabozo. Enmarcada su negra silueta en el contraluz del marco, el carcelero graznó desabrido la tan temida orden:

-¡Vamos! Ya es la hora.

Con gran esfuerzo intentó obedecer incorporándose del magro montón de podrida paja que le servía de jergón; pero las penalidades sufridas desde el día de su encarcelamiento, unidas a la debilidad provocada por la tortura, le impidieron reaccionar tan rápido como hubiera deseado su malhumorado guardián.

-¡Vamos, perro judío! -gruñó de nuevo- ¿O es que tendré que levantarte yo a latigazos?

Él no era judío, pero ahora le daba ya todo igual. No obstante temía los latigazos, y por ello se esforzó por levantarse de su incómoda yacija; pero su empeño resultó inútil, ya que su lacerado cuerpo se negaba a obedecer.

Mascullando maldiciones pero sin cumplir su amenaza, el carcelero penetró en el interior del fétido recinto levantándolo de un brusco tirón, sin conseguir otra cosa que ver cómo se desplomaba ante él. Arrastrándolo a duras penas hasta el umbral, cesó por un momento de maldecir para pedir ayuda a sus compañeros.

-¡Juan! ¡Pedro! Venid a ayudarme a levantar a este hijo de perra.

Evidentemente ambos debían estar aguardando su llamada, puesto que no tardaron en aparecer. Dos de ellos lo cogieron por los sobacos mientras el tercero lo hacía por los pies, sacándolo a la galería como si de un fardo se tratara. Esto sirvió para reanimarlo un tanto al poder respirar después de tanto tiempo encerrado algo de aire medianamente puro, pero al ser depositado en el suelo fue incapaz de sostenerse sobre sus pies; todavía sentía los dolores producidos por el terrible suplicio del potro, a los cuales había que sumar el escozor de las mordeduras de las ratas... que no tardaría mucho en dejar de sentir.

Por fortuna una violenta náusea le impidió continuar pensando en su próximo fin; esto preocupó no poco a sus guardianes, que por vez primera mostraron interés por él.

-¡Oye, este tío se nos muere! -exclamó asustado uno de ellos.

-Saquémoslo de aquí; el aire libre lo espabilará. -respondió el primero de sus compañeros.

Resultaba irónico comprobar cómo se preocupaban por su vida cuando apenas unas cuantas horas más tarde pondrían todo su empeño en quitársela; pero así eran las cosas en esa absurda e intolerante sociedad... en todas las sociedades, pensó con amargura.

Hubo una violenta explosión de luz cuando al fin salieron al aire libre; tras haber permanecido varios días sumido en la lóbrega oscuridad del calabozo, sus ojos se resintieron dolorosamente ante tan brusco cambio, al tiempo que le acometía un nuevo ataque de vértigo. Tras vomitar lo poco que contenía su estómago pareció recuperarse un tanto, aunque seguía sintiéndose incapaz de entreabrir los cerrados párpados.

Renegando a causa de las nauseabundas salpicaduras, sus carceleros lo arrastraron sin demasiados miramientos por el irregular empedrado del patio hasta llegar a un carro ya preparado. Todavía con los ojos cerrados notó que era izado al mismo y atado de pies y manos; instantes después, su incómodo vehículo se ponía en marcha abandonando la prisión.

La calle era un hervidero de gente a juzgar por el bullicio; atreviéndose por vez primera a abrir los párpados pudo apreciar, por los gritos y ademanes del populacho, que sus intenciones no eran precisamente amistosas... era natural, teniendo en cuenta que habían estado incitándolos en contra suya durante semanas.

Mientras la carreta avanzaba con dificultades por el estrecho sendero abierto entre la vociferante chusma llegó a sentir, por vez primera en los últimos meses, una auténtica sensación de pánico, algo que resultaba chocante tras haber sufrido tormento e ir camino de la muerte. Y así, mientras llovían sobre su indefenso cuerpo toda clase de inmundicias y objetos contundentes, al tiempo que una cuchillada le producía un profundo tajo en el brazo y una segunda pasaba peligrosamente cerca de su cuello, él, pobre mortal al fin y al cabo, sintió verdadero miedo.

Por una extraña razón que no acertaba a calibrar cesaron de repente sus mareos, lo que le permitió recobrar, siquiera de forma parcial, la lucidez mental al precio de volver a recordar sus cada vez más atroces dolores: las secuelas del potro, las punzadas del estómago vacío, la reciente cuchillada... sorprendido, comprobó que había estado perdiendo bastante sangre; quizá muriera desangrado antes de llegar a su destino, algo que habría considerado una bendición ya que siempre había oído decir que ésta era una de las formas más placenteras de morir.

Pero no habría de tener tanta suerte; uno de sus verdugos, apercebido del hecho, subió hasta el carro y le vendó de forma tosca, pero eficaz, la abierta herida con un mugriento pañuelo. Tenían interés los malditos en que llegara vivo hasta el final... un final que se acercaba por momentos. A pesar de su lentitud el carro se había ido acercando de forma inexorable a su meta, la plaza de la villa, y ya podía entrever, sobresaliendo por encima de las cabezas de los energúmenos, el tronco que le iba a servir de pira.

Una vez alcanzado su destino fue desatado y bajado del carro con presteza al tiempo que dos fornidos individuos se le colocaban a ambos lados, más con intención de ayudarlo a recorrer los últimos pasos que le separaban del cadalso que con la de prevenir una imposible fuga. Puesto que ya se sentía con fuerzas suficientes para sostenerse en pie, rechazó la ayuda que éstos le brindaban; si tenía que morir, lo haría con dignidad.

De forma súbita la algarabía reinante se trocó en un respetuoso silencio; los miembros del tribunal acababan de hacer su aparición en la abarrotada plaza. Con los ademanes solemnes que les investía su autoridad, se dirigieron hacia un estrado montado ex profeso

para la ocasión, tomando asiento en él. Acto seguido divisó un nuevo personaje, al que identificó como un fraile; sabía a lo que venía.

Tal como esperaba el fraile se dirigió en derechura hacia él, en un postrer intento de lograr su arrepentimiento; sabía que si abjuraba de sus *errores* sería tratado con clemencia, ahorcándole antes de ser llevado a la hoguera; de persistir en su herejía, por el contrario, sería quemado vivo.

En realidad morir de una u otra manera le traía sin cuidado; a esas alturas todo le daba ya igual. De hecho, ni tan siquiera era capaz de recordar con claridad las razones por las que había sido condenado a muerte; lo único que le interesaba era acabar su vida con dignidad.

Rechazó al religioso, lo que provocó una sorda y unánime exclamación de sorpresa por parte del excitado populacho. Su destino estaba definitivamente sellado; a un mudo gesto del presidente del tribunal fue izado a la pira y atado al erguido poste. No se molestó en ofrecer la menor resistencia; no daría a aquellos estúpidos asnos la posibilidad de disfrutar de un espectáculo gratuito suplementario.

Y el momento llegó. El verdugo, antorcha en mano, prendió fuego a la seca leña amontonada bajo él, e instantes después ésta comenzaba a crepitar lamiendo con lenguas de fuego sus entumecidos pies. Sintió cómo las piernas primero, y el resto de su cuerpo después, comenzaban a calentarse más y más... un calor cada vez más insoportable, un dolor cada vez más lacerante.

Por fortuna su suplicio terminó pronto.

* * *

Un día más. ¿Cuántos habían pasado ya? No lo sabía. Le parecía como si toda su vida se hubiera desarrollado entre los cuatro muros del sórdido campo de concentración. El tiempo se detenía allí, se remansaba hasta convertirse en algo eterno e inmutable, en algo que parecía no haber tenido nunca principio e incapaz de alcanzar jamás su final. Pero éste llegaría tarde o temprano, de eso estaba seguro; para muchos de sus desdichados compañeros había llegado ya, y para él no podía faltar mucho a juzgar por su deplorable estado actual.

Bajando la vista miró con tristeza a su enjuto y descarnado cuerpo, apenas algo más que un puñado de huesos cubiertos por el amarillento pellejo. Él, que siempre había estado orgulloso de su aspecto físico, ahora era poco más que un espectro demacrado y pálido a la

espera de la llegada de su postrer hora. El hambre, las privaciones y los malos tratos habían cumplido con creces su labor.

Un látigo restalló amenazante a escasos centímetros de su rostro, en un claro aviso de que no le estaba permitido detenerse; no necesitaba volver la vista atrás para saber lo que ocurría. Un adusto oficial de las SS le gritaba unas órdenes que, pese a ser dichas en alemán, un idioma que no entendía, resultaban patentes: debía continuar con su trabajo, un absurdo trabajo ideado tan sólo para agotarlo hasta el límite mismo de sus ya míseras fuerzas.

Estremeciéndose de temor intentó volver a su forzosa e inútil tarea; sabía que no muy lejos de allí había más guardias con perros especialmente adiestrados para matar, auténticos asesinos que no vacilarían un solo instante en destrozarle con sus poderosas mandíbulas. Había tenido ocasión de verlos actuar más de una vez, y temblaba ante la idea de que él pudiera tener ese mismo final.

Pero sus fuerzas eran escasas, demasiado débiles para lo que pretendía su inhumano guardián. El látigo restalló por segunda vez, concluyendo en esta ocasión su trayectoria en la desprotegida espalda, cubierta apenas por el holgado traje carcelario.

Aullando de dolor se dejó caer al suelo; sabía que esto no haría sino exacerbar aún más la saña del verdugo, pero ya no le quedaban fuerzas para huir, ni tan siquiera para protegerse. Encogiendo todo lo posible su famélico cuerpo, se hizo un ovillo protegiendo la cabeza entre los brazos, aguantando con estoicismo el intenso dolor producido por el diluvio de trallazos con que le castigó el furioso carcelero.

Cuando, aburrido, su atacante se alejó dejándolo al fin tranquilo, permaneció acurrucado en el suelo sin fuerzas ya para moverse; al cabo de un tiempo indeterminado sería ayudado a incorporarse por dos penados no mucho más fuertes que él, los cuales le condujeron sin demasiados miramientos hasta el ruinoso barracón sobre cuya fachada campeaba el pomposo rótulo de enfermería. A pesar de encontrarse semiinconsciente, no pudo evitar echarse a temblar; de sobra conocía la siniestra realidad de aquel supuesto centro médico, de sobra sabía lo que significaba traspasar aquella puerta. Pero nada en absoluto podía hacer por evitarlo.

Todo sucedió con rapidez. Tras pasar por un humillante simulacro de revisión médica fue enviado *a las duchas*. Abandonado definitivamente por los últimos restos de sus desaparecidas fuerzas, se dejó llevar con mansedumbre hasta las cámaras de gas donde tantos de sus compañeros le habían precedido. Una única cosa le preocupaba: corrían rumores de que algunos prisioneros habían sido incinerados todavía vivos, debido a que el gas no resultaba siempre mortal.

Por suerte, no fue éste su caso.

* * *

-Tranquilícense, señores; todo ha terminado.

La voz sosegada invitaba a la calma. Provenía de un hombre joven vestido con una bata blanca que procedía a tomar el pulso a uno de los tres yacentes, mientras un segundo personaje, también con bata, desataba las correas que sujetaban a su lecho al último de los pacientes.

-¡Me quieren matar! ¡Me muero! -gemía el primero de los durmientes pugnando por incorporarse de la cama.

-Tranquilo, no pasa nada. -le calmó el médico sujetándole la cabeza con ambas manos, única parte de su cuerpo que gozaba de cierta libertad de movimientos una vez retirado el casco que le había mantenido en contacto con el ordenador- Está usted en el Centro de Recreaciones Oníricas. ¿Recuerda?

Poco a poco la calma fue retornando al crispado rostro del paciente; sus dos compañeros, más relajados que él, habían sido liberados de sus ataduras por el segundo médico, y se incorporaban mirando a su alrededor con ojos ausentes.

-¿Le pongo un tranquilizante, Luis? -preguntó éste a su compañero-. Estos dos ya han recuperado la motilidad.

-No, no hace falta. -respondió el aludido al tiempo que comenzaba a desatar las correas- Pero he llegado a temer lo contrario; no ha sido un buen retorno.

-¿Dónde estoy? -la pregunta, no por tónica, dejaba de tener sus buenos motivos.

-En el Centro de Recreaciones Oníricas. -repitió el responsable con una paciencia fruto de su larga experiencia en situaciones similares- Ustedes se sometieron de forma voluntaria a una recreación mental... que ya ha terminado.

-Sí, ahora recuerdo -balbuceó su interlocutor al tiempo que escondía el rostro entre las manos-. Pero era todo tan real...

-Demasiado real. -añadió uno de sus amigos- Jamás pude imaginar que un sueño, aun programado, pudiera engañarnos de esta manera.

-No ha sido ningún sueño. -interrumpió el médico herido en su amor propio- Ustedes han sentido realmente esas sensaciones, tal como las hubieran experimentado de haber sucedido en realidad.

-¿Quiere decir que lo que sentí es lo mismo que hubiera sentido una persona al ser quemada viva?

-En efecto -afirmó con suavidad su anfitrión-. Sólo que es evidente que no le hemos quemado -sonrió-. En realidad lo único que hemos hecho ha sido conectar directamente nuestro generador de estímulos mentales a sus cerebros, excitando los centros receptores al mismo tiempo que cortocircuitábamos, por decirlo de alguna manera, las conexiones nerviosas que existen entre éstos y las distintas partes de su cuerpo; pero la sensación, insisto en ello, ha sido exactamente la misma.

-Pues a fe mía que el engaño estuvo bien conseguido. -terció el último de los pacientes- Sentí verdadero terror cuando aquel horrible huno se dirigió hacia mí para matarme; y le juro que me dolió como si me hubieran decapitado de verdad.

-Esto es lo que más me intriga. -intervino de nuevo el primero de ellos, dueño ya al parecer de sus reacciones- Entiendo lo de la estimulación directa del cerebro, pero... ¿era realmente necesaria toda esta recreación dramática?

-En esto ha consistido precisamente nuestro éxito -explicó el científico, satisfecho de poder mostrarles sus logros-. Provocar sensaciones artificiales en el cerebro es muy fácil, y de hecho existe una gran cantidad de literatura científica al respecto; pero nosotros hemos sido los primeros en conseguir la inducción directa en la mente de unas imágenes oníricas producidas por un ordenador, incluyendo claro está la falsa memoria que resulta imprescindible para hacer verosímil la recreación.

-No sé lo que pensarán mis amigos; pero en lo que a mí respecta, les aseguro que he quedado completamente satisfecho. -medió el *incinerado* al tiempo que apoyaba, no sin vacilaciones, los pies en el suelo.

-Yo también soy de la misma opinión, a pesar de que todavía tardaré algún tiempo en acostumbrarme a mi nuevo aspecto -corroboró el *degollado* palpándose el mundo cráneo-. Me temo que las chicas no me van a encontrar demasiado atractivo durante una temporada -concluyó dubitativo.

-No se preocupe por eso; -comentó el médico- ya le crecerá el pelo de nuevo. Sé que resulta poco agradable, pero es necesario afeitarse la cabeza para poder conectar los electrodos.

-No le haga caso, siempre está quejándose por todo. -celebró en tono jocosos el *prisionero* mientras probaba a dar unos torpes pasos en torno a su camilla- Por mi parte me atrevería ahora mismo con un nuevo ensayo, aunque esta vez mejor sin nazis...

-Me temo que no le podamos complacer en eso. -le interrumpió el psiquiatra-. Aunque durante todo el proceso se mantienen inhibidos tanto el sistema neurovegetativo como el hormonal, hemos comprobado que no resulta recomendable repetir la experiencia antes de haber dejado pasar un período de tiempo prudencial; de no hacerse así, podrían aparecer algunas secuelas desagradables. Bien, señores, por nuestra parte hemos terminado. Quizá sea conveniente que pasen a nuestro jardín, donde podrán terminar de recuperarse. Si lo desean, podemos llamar a unos enfermeros para que les ayuden.

-No, no hace falta, al menos en lo que a mí respecta -intervino de nuevo el *prisionero*-. ¿Qué pensáis vosotros? -concluyó, dirigiéndose a sus amigos.

Puesto que todos eran de la misma opinión, los tres abandonaron la sala por su propio y todavía tambaleante pie, no sin antes mostrar su satisfacción a los médicos al tiempo que les aseguraban que recomendarían la experiencia a sus amigos. Instantes después, y ya solos en la amplia sala de trabajo, el médico llamado Luis se dirigió a su compañero, que prácticamente no había abierto la boca durante todo el proceso.

-¿Qué te pasa, Antonio? Te veo preocupado.

-¿Qué me va a pasar? -rezongó éste sin quitar la vista del aparato que estaba desconectando-. Me repugna todo esto, de sobra lo sabes.

-¿El qué? -fingió extrañarse su interlocutor.

-Todo -explotó volviéndose bruscamente hacia su compañero-. ¿Tú crees que merece la pena quemar los mejores años de tu vida estudiando sin cesar, repitiéndote constantemente que lo haces buscando el mayor beneficio posible para la especie humana, para acabar satisfaciendo los gustos masoquistas de unos cuantos imbéciles tan podridos de dinero como vacíos de ideas?

-Pero Antonio, nada de malo hay en esto -tartamudeó su colega, sorprendido por tan brusco arrebato-. Es sólo una simulación, por muy real que pueda parecer; a los pacientes no les causa el menor daño, y siempre trabajamos con sujetos voluntarios.

-¿Acaso no te parece suficiente motivo para asquearte? -insistió Antonio al tiempo que amagaba una patada a un invisible enemigo-. Tenemos en nuestras manos uno de los mayores descubrimientos de toda la historia de la psiquiatría, ¿y cómo lo utilizamos? En vez de usarlo para curar dolencias mentales o para tareas de adiestramiento o rehabilitación, nos limitamos a dar gusto a los más atávicos vicios de nuestra especie; violencia y sexo

preferentemente, y en muchas ocasiones ambos a la vez. Te digo que esto es una aberración completa.

-Si pagan... -respondió pragmáticamente, Luis-. Además, mejor será que descarguen aquí su adrenalina antes de que lo hagan de otra manera peor.

-¿Acaso estamos seguros de que con el tiempo no vayan a sufrir el equivalente a un síndrome de abstinencia? ¿Acaso podemos desestimar que no hayamos destapado una nueva caja de Pandora? ¡Somos humanos, no dioses!

-Quién sabe... pero has de tener presente que siempre correremos el peligro de tropezar con algún riesgo, aun en la más inofensiva de las actividades.

-Tú pensarás lo que quieras, pero a mí no me gusta nada lo que estamos haciendo; estamos jugando a ser unos nuevos Prometeos, y quizá llegue el día en el que nos topemos con alguna sorpresa desagradable. Y entonces será demasiado tarde.

-Si tanto te desagrada, ¿por qué aceptaste este empleo? -inquirió Luis con sorna.

-No por mi gusto, bien lo sabes; pero tenía que elegir entre esto y el desempleo. Tengo una familia que mantener, y muy pocas posibilidades de conseguir trabajo en algún otro sitio.

-Si quieres un consejo, amigo mío, olvídate de estos tontos prejuicios que nadie te va a agradecer -sentenció su compañero al tiempo que apoyaba la mano en su hombro-. La vida es una porquería, ya lo sé, pero si se revuelve huele todavía peor. Aquí tienes un trabajo seguro y bastante cómodo, y ten por cierto que esto es lo único que en realidad importa. Deja que estos papanatas se extasíen con sus propias vergüenzas; ese es su problema, no el tuyo.

-Quizás tengas razón -concedió Antonio.

-¡Pues claro que la tengo! -sonrió jovialmente su compañero- Anda, vamos a preparar el viaje de esa vieja cascarrabias; sí, esa solterona rica que quiere que la guillotinen en la Francia revolucionaria después de que un *sans-culotte* la haya violado. Y no se te olvide programarla como una marquesa joven y guapa; siempre hay que satisfacer al cliente.

EN LA CIUDAD

I

Sintiendo cómo una indefinible sensación de inquietud le recorría todo el cuerpo, Félix M'Bane abandonó el protegido refugio aventurándose en el hostil medio exterior que ante él se extendía. Como cabe suponer iba convenientemente equipado con todo el material reglamentario: mascarilla antipolución complementada con un pequeño equipo de respiración autónoma previsto para casos de emergencia, traje protector contra las radiaciones ultravioletas y, por último, el sistema de refrigeración individual necesario para moverse en el tórrido ambiente causado por el efecto invernadero. Además de todo esto, Félix se había provisto asimismo de guantes impermeables (la lluvia ácida le producía lesiones en la piel descubierta), de un emisor de ultrasonidos que le permitía detectar obstáculos situados a una distancia de varios centenares de metros y, por último, de un largo y elástico bastón terminado en una afilada punta metálica que, llegado el caso, le podría servir de arma defensiva.

La amplia avenida se encontraba prácticamente vacía tal como había esperado; la mayor parte de los transeúntes solía utilizar los transportes subterráneos, y sólo alguna que otra silueta aislada se dejaba entrever entre los jirones de la sucia y espesa niebla a modo de fantasmagóricas figuras que surgían brevemente de la nada antes de ser engullidas de nuevo por el informe telón de fondo que se extendía más allá del límite de su visión. Él podía haber optado también por realizar su viaje en metro, pero ciertamente no le seducía lo más mínimo la idea de viajar estrujado hasta límites inconcebibles amén de que, de acuerdo con las últimas estadísticas radiadas, el índice de atacadados había ascendido hasta cerca del sesenta por ciento del número total de viajeros. En la superficie, cuanto menos, sería mucho más difícil encontrarse con un delincuente de cualquier tipo aunque sólo fuera a causa de lo inhóspito de la misma.

Lamentablemente, había demorado demasiado su salida: Era ya cerca del mediodía y los rayos de sol, en especial los dañinos ultravioleta, hacían sentir su desagradable efecto a pesar de la protección que le proporcionaba el traje y del filtro de la opaca y enrarecida atmósfera. Por si fuera poco, constató con desagrado que el índice de contaminación estaba bastante más alto de lo habitual en esa época del año, lo que le obligó a regular al máximo el nivel de filtrado de su mascarilla al tiempo que enriquecía el empobrecido aire que llegaba a sus pulmones con una generosa ración del oxígeno de reserva que portaba en la botella de su espalda; definitivamente, no se trataba de un buen día.

Sin embargo, y quizá a modo de compensación, la visibilidad no era del todo mala, ya que según estimó debía de alcanzar los ochenta o quizá cien metros de distancia antes de que el sucio cendal pardusco de la niebla velara por completo todo lo situado más allá, lo

que suponía unos quince o veinte metros suplementarios sobre lo habitual. Por tal motivo renunció a utilizar el engorroso equipo de ultrasonidos, prefiriendo orientarse por sus propios medios.

Caminando pausadamente por el interior de la acera (no se apreciaba bien dónde acababa ésta y dónde empezaba la calzada, y los grandes transportes de superficie podían resultar peligrosos), Félix se dirigió directamente hacia el extrarradio de la gran urbe en busca de los espacios abiertos de los que ésta carecía... Aunque ignoraba si el cambio podría llegar a ser apreciable en mitad de una niebla tan densa.

Ninguno de los escasos viandantes que se cruzaron en su camino se molestó en dirigirle ni tan siquiera una fugaz mirada; aunque la verdad era que no resultaba nada agradable pararse a conversar con una temperatura exterior que rondaba los cincuenta grados centígrados, amén de que las mascarillas impedían cualquier intento de conversación que hubiera sido interrumpida además por el continuo fragor del tráfico rodado... Claro está que siempre quedaba el recurso de comunicarse por radio, protegidos como estaban sus oídos por los preceptivos auriculares, pero podía resultar bastante inoportuno desconectarse del canal informativo de la policía metereológica aunque sólo fuera por algunos minutos; las erupciones solares no solían avisar con demasiada antelación, y los peligros imprevistos eran todavía más repentinos.

Antes de salir de su apartamento Félix había estudiado detalladamente el plano de la ciudad; no obstante, no le resultaba nada fácil orientarse visualmente, por lo que periódicamente se veía obligado a sintonizar brevemente el canal de información urbanística con objeto de conocer su situación en cada momento. El sistema de radiofaros distribuido por todas las calles podía parecer complicado a primera vista, y realmente lo hubiera sido de no ser por el microprocesador que traducía automáticamente los impulsos radioeléctricos en coordenadas inteligibles; pero bastaba un poco de práctica -y Félix la tenía- para poder deambular con soltura por cualquier zona de la ciudad.

Conforme se iba alejando de los núcleos habitados Félix pudo entrever cómo los altos edificios de apartamentos iban siendo sustituidos poco a poco por las achaparradas moles de las fábricas y los almacenes; no obstante las grandes factorías no se hallaban allí, sino al otro lado del río, aunque sus inmensas chimeneas destacaban en la lejanía, nítidamente perfiladas en la grisura que las rodeaba merced a los encendidos penachos que vomitaban por sus altas bocas.

Sin embargo, no era intención de Félix llegar tan lejos; aguas arriba de las fábricas el río describía un amplio recodo que le acercaba bastante más a los suburbios de la ciudad, y hacia allí se encaminó atravesando lugares que cada vez tenían menos de calles al irse convirtiendo poco a poco en ásperos e irregulares caminos.

La geografía urbana, a su vez, también se había ido transformando de una manera lenta pero perfectamente perceptible: Tanto a su derecha como a su izquierda, Félix podía ver sin demasiada dificultad las masas informes de las viviendas bajas que ahora formaban el abigarrado paisaje urbano; un antiguo arrabal, sin duda, aunque nadie podría vivir ahora en esos destartados edificios que ni tan siquiera poseían controles climáticos o atmosféricos... Y, en efecto, nadie residía ya en aquel barrio fantasma a excepción de las enormes ratas y de las revoloteantes gaviotas que, en un alarde de adaptación al hostil medio ambiente, pululaban por doquier sin que nadie les disputara sus dominios. Nadie sabía con exactitud de qué podían vivir ambas especies, pero a buen seguro no debían de ser muy exigentes en lo tocante a su alimentación; cuando Félix ensartó limpiamente con su bastón a una rata especialmente osada, sus hambrientas compañeras se abalanzaron sobre el palpitante cadáver con una avidez que daba bien claras muestras de la dureza de su lucha por la supervivencia.

Conteniendo un escalofrío, Félix siguió adelante intentando olvidar sus sombríos pensamientos: con tal abundancia de ratas y, aún, de gaviotas, no pudo evitar el temor de que su bastón pudiera ser insuficiente para defenderlo ante un ataque combinado. Se había arriesgado sin necesidad, ahora era consciente de ello, pero sin embargo no estaba dispuesto a volverse atrás; de hacerlo así lo más probable era que no se atreviese a iniciar su excursión de nuevo, y no era esto lo que le interesaba. Así que, haciendo ciertamente de tripas corazón, continuó su camino.

Por fortuna para él las nuevas ratas que seguían cruzándose en su camino parecían temer a su eficaz, aunque primitiva, arma defensiva; tan sólo en una ocasión se vio obligado a amenazar a un viejo macho que se le había acercado hasta una distancia menor de lo que Félix considerara prudente, consiguiendo no obstante que éste huyera sin tener necesidad de atacarlo.

Desde bastante antes del momento en el que la difusa luz reinante le permitiera vislumbrar la ribera, el nauseabundo olor que llegaba hasta su nariz a pesar del filtro le advirtió que su meta estaba ya próxima. Maldiciéndose por no haberse equipado con el filtro especial, Félix lo cerró por completo pasando a respirar exclusivamente de su propia reserva de aire; al menos su olfato no se resentiría, aunque esto limitaba también su autonomía de movimientos al reducir ostensiblemente la cantidad de aire de la que podía disponer. Al mismo tiempo, y como medida de precaución, procedió a conectar su detector de ultrasonidos; la visibilidad, dificultada por la bruma caliginosa que se levantaba del río, no llegaba más allá de unos cuantos metros, y además hacía ya tiempo que había rebasado la última línea de radiofaros, por lo que ahora se encontraba a merced por completo de sus propios medios.

Sorteando cuidadosamente los numerosos montones de escombros que jalonaban el terreno existente entre los últimos edificios y la propia orilla del río, Félix alcanzó por fin

su destino: Ante él se extendía la anchurosa corriente de agua putrefacta que bañaba a la ciudad y que servía asimismo de colector para todos sus vertidos.

Como era de suponer, ningún ser vivo era capaz de sobrevivir en tan inhóspito lugar; de hecho, ni tan siquiera las más resistentes bacterias podían medrar en el seno de unas emponzoñadas aguas incapaces ya de la menor regeneración. A pesar de todo Félix pudo evitar un estremecimiento al imaginar toda una suerte de monstruosas formas habitantes de las hondas negruras que se adivinaban bajo la turbia superficie de las aguas... Era un pensamiento infantil y totalmente absurdo, por supuesto; pero si las ratas, las gaviotas y determinados invertebrados habían sido capaces de adaptarse a la vida en un medio tan sumamente hostil, ¿no podía acabar sucediendo lo mismo con los seres acuáticos que antaño poblaran el río?

No, por supuesto que no; la contaminación de las aguas era muy superior a la del aire y las posibilidades de aclimatación de la fauna acuática a unas condiciones tan extremas resultaban ser virtualmente nulas. No, no existían quimeras de ningún tipo bajo las aguas y los peligros reales del río eran otros muy distintos pero no por ello menos preocupantes, ya que las mefíticas emanaciones capaces de atravesar los mejores filtros podían llegar a ser sumamente tóxicas e, incluso, mortales en ocasiones.

Conteniendo un suspiro, Félix se volvió sobre sus pasos en dirección a la lejana ciudad. Alcanzado su objetivo no tenía ya el menor sentido que prolongara aún más la excursión, amén de que la menguada reserva de oxígeno no le permitiría continuar mucho tiempo más sin tener que recurrir al corrompido aire exterior.

Repentinamente, sintió cómo su pie tropezaba con un saliente oxidado que, oculto entre los densos jirones de niebla, le había pasado desapercibido hasta entonces. Entorpecido por el peso del equipo e incapaz de recuperar el perdido equilibrio, Félix no pudo mantener el equilibrio cayendo de bruces sobre el irregular pavimento al tiempo que un lacerante dolor le desgarraba la pierna.

“Me he roto el traje”. Pensó con horror al tiempo que se palpaba torpemente la extremidad lesionada. Su posición le impedía constatar directamente la magnitud del accidente, pero la mano tinta en sangre que retiró de su pierna herida le permitió comprobar la gravedad de la situación. Era evidente que se encontraba totalmente incapacitado para caminar por sus propios medios, pero el peligro más inminente venía determinado por la posibilidad real de intoxicación ahora que el traje no le protegía ya de los venenosos vapores procedentes del cercano río los cuales -y esto era todavía más peligroso- habían entrado en contacto directo con la sangrante herida.

La solución consistía en lanzar por radio una llamada de socorro, pero para ello debía pulsar uno de los botones situados en su costado derecho, sobre el cual estaba apoyado en el suelo. Tenía, pues, que girar el cuerpo para dejar libre ese lado, pero esta tarea se

mostró muy difícil dado que la pierna comenzó a dolerle terriblemente en el mismo momento en el que intentó hacerlo. Además, los primeros vapores del ponzoñoso aire exterior comenzaban a hacerle sentir su efecto en forma de una dificultad respiratoria que se acrecentaba por momentos debilitándolo cada vez más. Instantes después, perdía definitivamente el conocimiento sin haber podido alcanzar el botón salvador.

II

-La situación es bastante grave, señores.

-No encuentro el motivo. -respondió el hombre gordo rebulléndose en su estrecho asiento- El estado físico de Félix M'Bane no reviste la menor gravedad, y ha renunciado además por escrito a cualquier tipo de reclamación asumiendo toda la responsabilidad en el accidente.

-Al fin y al cabo, él violó las normas de seguridad. -exclamó el tercer ocupante del despacho, un individuo pequeño y delgado que no hacía sino mirar nerviosamente a uno y otro lado- Nosotros hemos cumplido escrupulosamente con todas nuestras obligaciones, y la inspección técnica lo ha demostrado así.

-La nuestra, pero no la oficial. -objetó el primero.

-Es lo mismo. -insistió el gordo enjugándose el sudor que le empapaba la frente a pesar de que la temperatura ambiental no rebasaba los veinte grados- Lógicamente, tendrán que llegar a los mismos resultados que nosotros; no hay otra posibilidad.

-Tienen ustedes razón en lo que respecta a la vertiente técnica del problema, pero olvidan la parte política del mismo; y saben, como yo, que hay un sector de la opinión pública que se opone de plano a nuestras actividades y que lleva mucho tiempo presionando para que la empresa sea cerrada. Y nos pese o no, mucho me temo que al fin han encontrado una magnífica excusa.

-No dejará de ser una excusa, al fin y al cabo. -gruñó el delgado al tiempo que medía la habitación con grandes zancadas- Tenemos la ley a nuestro favor, y esto es lo único que importa.

-Yo no sería tan optimista; la excusa ha sido efectiva, queramos o no reconocerlo, y de hecho ya nos está causando problemas. Y por favor, señor Almonte, deje de dar vueltas a la habitación; me está poniendo nervioso.

-¿Y cómo cree que estamos nosotros? -saltó el gordo- Lo que tenemos que hacer es volver a repasar los hechos con tranquilidad huyendo de histerismos inútiles. Estamos a salvo de toda responsabilidad civil, evidentemente, y la inspección oficial no encontrará nada punible, de eso podemos estar bien seguros. Como usted bien apuntaba hace un momento, nuestro único peligro puede venir del lado de la vertiente política del problema.

-Usted lo ha dicho, Strauss. Los anticonservacionistas han adquirido mucho poder últimamente, y no sería nada descabellado suponer que puedan llegar a forzar, incluso, un cambio en la legislación. Y ante esta circunstancia, señores, no nos quedaría la menor defensa.

-Es una hipótesis cierta, pero bastante aventurada. -objetó Almonte, inmóvil ya pero todavía de pie- Nosotros tenemos también nuestros valedores.

-¡Y una magnífica baza a nuestro favor -añadió el obeso Strauss- Nuestras cifras de visitantes no han hecho sino crecer ininterrumpidamente desde hace varios años. Tenga también esto en cuenta, señor Montelli.

-Amigos míos, si la cuestión política se envenena como me temo, y todos los indicios parecen probarlo así, tengan por seguro que nuestra posición puede llegar a ser muy precaria; -respondió el aludido- y entonces, de nada nos valdrán nuestras bazas. Amén de que, insisto en recordarlo, los inconvenientes han comenzado ya.

-¿Se refiere a la clausura cautelar de las instalaciones? Ésta tendrá que ser levantada una vez que el informe oficial sea hecho público.

-No sea ingenuo. -sonrió desmayadamente Montelli- Una política de pasillos llevada con habilidad puede conseguir un retraso muy considerable en la tramitación del expediente; y tengo motivos sobrados para sospechar que esta va a ser la táctica que van a seguir nuestros enemigos. Esto sin olvidar que la mera suspensión temporal ya nos está creando graves problemas. ¿No es así, Almonte?

-Bien, quizá sea todavía temprano para sacar conclusiones definitivas, pero lo cierto es que hemos empezado a tener algunos trastornos.

-¿Económicos? Creía que la solvencia de la compañía era a prueba de casi todo.

-No, Strauss, no es el aspecto económico el que me preocupa; como muy bien ha dicho usted, la compañía es lo bastante sólida como para poder soportar una paralización incluso durante algunos años. Pero, ¿qué me dice del prestigio? Lo ocurrido puede suponer un duro golpe para nuestras campañas publicitarias. La gente no prestará atención al accidente, pero sí a la suspensión, y esto nos puede hacer mucho daño. Además, -prosiguió- tenemos que contar con el deterioro de las instalaciones al no estar en funcionamiento. Miller me ha comunicado esta misma mañana que se ha visto obligado a sacrificar la mayor parte de las ratas y las gaviotas, y Rostrov ha tenido serios problemas a la hora de cerrar el circuito del río y apagar los generadores de contaminación y las lámparas de infrarrojo y ultravioleta. Como sabe, estos sistemas están diseñados para trabajar en continuo y no es nada fácil interrumpir el ciclo. En el mejor de los casos, calculo que tardaremos entre tres meses y medio año en volver a estar en condiciones de funcionamiento una vez que se nos autorice para ello.

-¡Y todo por culpa de ese imbécil! -gruñó Strauss.

-No le culpe a él. -apaciguó Montelli- Esto era algo que tarde o temprano tenía que ocurrir. El principal atractivo de nuestra oferta radica precisamente en el realismo de la

misma y en el riesgo que comporta, y aunque todo el mundo sepa que éste es en su mayor parte ficticio o, cuanto menos, perfectamente soslayable en una situación de emergencia, no por ello disminuye la morbosidad del público. Era, pues, inevitable que alguien incumpliera las normas de seguridad y acabara sufriendo un percance; se trata de una pura cuestión de estadística, o de probabilidad si así lo prefieren. Es por ello por lo que M'Bane, asesorado probablemente por su abogado, ha optado por renunciar a cualquier tipo de reclamación en contra nuestra.

-Flaco consuelo. -se lamentó Almonte- No por ello se ha conseguido paralizar la clausura temporal de las instalaciones.

-Señores, mucho me temo que nada vamos a conseguir lamentándonos una y otra vez como estamos haciendo. Hay que actuar, hay que planear una estrategia útil y viable que sirva no tanto para conseguir el levantamiento de la clausura, sino antes bien para impedir una hipotética prohibición definitiva, que es precisamente lo que yo más temo. Es por ello por lo que, personalmente, propongo olvidarnos del factor turístico intentando por el contrario jugar la baza del interés científico. ¿Se han dado ustedes cuenta de que nuestra cúpula es un auténtico parque natural en el sentido que en el pasado se daba a esta palabra, y de que es el único que como tal queda en todo el mundo?

-No creo que esto sirva de mucho. -gruñó Strauss- Todo el mundo sabe que se trata de un negocio lucrativo y no de un centro de investigación.

-Pero sí tenemos convenios firmados con varias universidades e institutos científicos, amén de las visitas escolares que recibimos continuamente, y esto es también de dominio público.

-Continúo sin verlo claro. -terció Almonte sin mucho convencimiento- Pero lo cierto es que no nos queda otra solución fuera de la que usted apunta. Al fin y al cabo, Madrid es la única muestra que se conserva intacta en todo el planeta de entre todas las ciudades de la antigua época, por muy artificial que resulte su mantenimiento. Y esto sí que tienen que comprenderlo los políticos.

-Esperémoslo. -musitó su interlocutor al tiempo que su mirada vagaba ensoñadora a través del diáfano ventanal de la sala- Esperémoslo.

Afuera, los dorados rayos del sol cabrilleaban juguetones por la verde extensión, suavemente ondulada, que a cada poco se veía salpicada por los dispersos y pequeños edificios que constituían la nueva ciudad de Madrid sin que ninguno de ellos osara ni por asomo violentar la armonía de su entorno; tan sólo la enorme y oscura cúpula que se alzaba varios centenares de metros hacia el límpido y terso cielo servía para recordar a los felices habitantes del planeta la existencia de un pasado que no había sido tan halagüeño

como el presente actual. Era todo un símbolo, pensó Montelli con amargura; pero, en ocasiones, los símbolos pueden resultar también molestos.

UNA PESADILLA CRUEL

-Doctor, estoy muy preocupado por estos sueños. Se repiten una y otra vez con una insistencia tan machacona que nadie diría que son tan sólo unas meras recreaciones de mi subconsciente. Parecen reales, abrumadoramente reales, tal es su coherencia; y lo peor de todo, es que existe una perfecta continuidad entre ellos tal como si se tratara de capítulos consecutivos de una misma historia.

-Comprendo perfectamente su desazón, pero vuelvo a repetirle una vez más que no tiene por qué preocuparse en absoluto. Ese levantarse todas las mañanas para ir a la oficina, ese retornar a casa y encontrarse con toda una falsa familia con la que recuerda convivir desde hace años, es tan sólo el afloramiento subconsciente de un oculto y reprimido temor a la vida rutinaria y monótona, el miedo en definitiva a perder su identidad y su personalidad para convertirse en un integrante más de la masa gris y amorfa en la que se está convirtiendo lamentablemente nuestra sociedad. Usted desde su individualismo rechaza esta fagocitación, pero puesto que en el fondo la teme, vuelca en sus sueños esa desazón que tanto le preocupa pero que, vuelvo a repetir, no sólo es completamente inocua sino que incluso le resulta beneficiosa al servirle de válvula de escape para unas tensiones que de otra manera podrían acabar traducándose en unos trastornos mucho más serios.

-Pero son unas vivencias tan nítidas, tan reales...

-No tiene nada de particular. Ciertamente es que normalmente los sueños suelen ser inconexos e incluso absurdos, pero al parecer su mente no sólo es sumamente analítica sino que también posee una alta capacidad imaginativa. Siga mi consejo y déjelo llevar sin preocuparse lo más mínimo; verá como las aguas vuelven a su cauce sin que usted llegue siquiera a darse cuenta de ello.

-Bien doctor, me tranquiliza usted con sus palabras. Intentaré seguir sus consejos y espero que pueda desembarazarme de una vez por todas de estas molestas pesadillas. Créame que le estoy muy agradecido.

Despidiéndose de su interlocutor, el paciente transformó la silla en la que había estado sentado hasta entonces en su canguro volador favorito, que en esta ocasión se presentó con tres cabezas calidoscópicas junto con una nueva coloración a base de lunares rojos y verdes de gran vistosidad.

Galopando en su dragón llameante con alas de libélula vio cómo el psiquiatra, ahora convertido en un robot metálico con cola de sirena, comenzaba a hundirse en el seno de un sol llameante al tiempo que comenzaban a llover centellas de oro candente que, apenas

llegadas al suelo, se metamorfoseaban en unas veloces hormigas de cabeza humana que corrían frenéticas hasta desaparecer por detrás del cóncavo horizonte.

Dirigióse entonces hacia la boca del robot, una oscura y ominosa caverna que se dilataba cada vez más hasta abarcar la totalidad del espacio visible sustituido ahora por una masa sólida de azabache tachonada con una multitud de luciérnagas multicolores que titilaban con frenesí, grandes unas como universos, mínimas como átomos el resto.

Su destino estaba ya cercano, pero temía no poder alcanzarlo antes de que la pesadilla comenzara a restallar una vez más en el interior de su torturada mente. No iba a llegar, no iba a llegar, se repitió una y otra vez al borde mismo de la histeria mientras que el mar púrpura y rubí por cuyo seno nadaba ágilmente con sus seis aletas comenzaba a difuminarse y a entonar la suave y monocorde melodía que servía de prelude inexorable a sus ensueños cotidianos, melodía que iba haciéndose más fuerte, cada vez más fuerte...

-¡Vamos, Pepe, levántate ya! ¿Es que no estás oyendo el despertador? Como sigas haciéndote el remolón, volverás a llegar tarde a la oficina.

La pesadilla, efectivamente, había comenzado de nuevo.

PROYECTO SEGISMUNDO

Terminado su período reglamentario de descanso, el almirante Arturo Céspedes hizo su entrada en la amplia sala del mando del *Viriato*. Arturo Céspedes estaba orgulloso de su navío, una de las más modernas astronaves salidas de los astilleros lunares, y le satisfacía que hubiera sido bautizado con el nombre del indómito caudillo lusitano al cual él, en su condición de español, consideraba un compatriota. En realidad la flota estelar pertenecía a la confederación terrestre y no a ningún país en concreto, y de hecho los doscientos cincuenta tripulantes que componían su dotación formaban un abigarrado conjunto de personas procedentes de todos los rincones del mundo; pero él era español y, aunque los antiguos nacionalismos que tanto daño causaran en el pasado eran ya tan sólo un recuerdo, le complacía que la astronave puesta bajo su mando tuviera asimismo un nombre español.

Los países de la Tierra no eran ya ni enemigos ni rivales, pero no por ello la humanidad gozaba de paz. Sus intentos de colonización pacífica de otros sistemas estelares habían tropezado con el expansionismo agresivo de una raza galáctica, los krulls, con la cual había resultado completamente inútil cualquier intento de negociación. El único móvil de los krulls era el de hacerse con el control de la galaxia, por lo que la única relación que admitían con cualquier otra civilización era la de una sumisión total y absoluta a su tiránico poder.

La Tierra, evidentemente, se había negado a aceptar este estatus, lo que había acarreado el estallido de una guerra que treinta años después seguía sin resolverse. Tras varias vicisitudes durante las cuales los krulls habían llegado a amenazar al propio Sistema Solar, los terrestres habían logrado contraatacar conjurando el peligro al tiempo que hacían retroceder al enemigo hasta las fronteras iniciales. Actualmente se combatía en el propio territorio krull, aunque los frentes llevaban ya varios años estabilizados.

Esta situación de virtuales tablas era la que el almirantazgo terrestre quería forzar, para lo cual contaba con la baza de una nueva generación de astronaves de las cuales el *Viriato* era uno de los primeros prototipos. Las innovaciones tecnológicas con las que éste y sus compañeros contaban deberían dar a la Tierra, si todo salía tal como estaba previsto, una superioridad sobre el enemigo que quizá permitiría acabar con esta larga guerra. La misión encomendada al *Viriato* y a sus compañeros de escuadrilla, seis en total todos ellos gemelos, era sencilla: Deberían expugnar una fortificación krull que hasta entonces había resistido todos los ataques terrestres. De conseguir su objetivo, habrían ganado una importante baza.

Precisamente ese era el pensamiento del almirante Céspedes al incorporarse a su puesto; a él le correspondía la responsabilidad de probar por vez primera las capacidades bélicas de las nuevas astronaves, y de su buen gobierno dependería en buena parte el futuro

inmediato de la poderosa flota estelar terrestre. Y aunque Arturo Céspedes era uno de los más experimentados almirantes con los que contaba la armada sideral terrestre, en aquellos momentos tan trascendentales no pudo evitar que su corazón se encogiera víctima, si no de la angustia, sí al menos de la incertidumbre.

Tras responder a los saludos reglamentarios de sus subordinados y relevar al capitán Pierce, segundo de a bordo, el almirante Céspedes se sentó frente a la gran pantalla panorámica que mostraba el espacio situado a la proa del *Viriato*. El firmamento, tachonado de incontables estrellas, mostraba una majestuosidad frente a la cual ni tan siquiera el más avezado astronauta podía sentirse indiferente, mientras a derecha e izquierda las luces de posición de los otros cinco navíos parpadeaban rítmicamente recordándoles su presencia.

El más cercano a ellos por la parte de babor era el *Belisario*, mientras más allá asomaba el *Alejandro*. A estribor, y en rápida sucesión, se vislumbraban los tres restantes miembros de la escuadrilla: El *Ciro*, el *Carlomagno* y el *Julio César*. A popa del *Viriato* marchaban, por último, los dos transportes bajo cuya responsabilidad estaba el desembarco de tropas de infantería en la base enemiga una vez que las defensas de la misma hubieran sido destruidas por el *Viriato* y sus compañeros; se trataba de dos enormes astronaves de forma lenticular bautizadas con los nombres de *Cástor* y *Pólux*, y aunque el almirante Céspedes no podía verlos ahora, sabía que bastaría con pulsar un botón para que la pantalla reflejara la visión de los mismos.

Arturo Céspedes no era únicamente el comandante de su nave, ya que también ostentaba el mando supremo de toda la flotilla, por lo que a él le cabrían bien el honor de la victoria, bien el oprobio de la derrota. Su responsabilidad era, pues, muy alta, pero él la asumía consciente de que la humanidad se jugaba mucho en ese envite.

-Base enemiga en pantalla. -dijo una voz a su espalda- Distancia, cincuenta mil kilómetros.

-Formación de ataque. -ordenó- Amplíen imagen.

Mientras la escuadrilla adoptaba una formación en cuña cuyo ápice era el *Viriato*, con los dos transportes resguardados a retaguardia, el almirante Céspedes centró su atención en la pantalla, donde la base enemiga parecía haberse agrandado hasta ocupar buena parte del horizonte visible. Estaba ésta asentada en un minúsculo asteroide, de forma irregular y no más de treinta kilómetros de eje mayor, anclado en una órbita excéntrica alrededor de una mortecina enana blanca aislada en mitad del vacío cósmico. Sin embargo su posición era, y seguiría siéndolo para quien la poseyera, sumamente estratégica dentro del sistema defensivo de los krulls, lo que había determinado la fortificación de la misma.

Según los informes de los que disponía el almirantazgo terrestre, la guarnición habitual de la base enemiga oscilaba entre los tres y los cinco navíos. Sin embargo no era éste el principal obstáculo para su conquista, sino las poderosas baterías repartidas por toda la superficie del asteroide. Sin destruirlas previamente los indefensos transportes serían fácil presa de ellas antes de que pudieran desembarcar las tropas de infantería, con lo cual la misión fracasaría al no poderse conquistar el bastión enemigo.

En realidad las órdenes recibidas por el almirante Céspedes, tan sólo por él conocidas, eran explícitas: El objetivo prioritario de la misión no era conquistar el asteroide, sino calibrar el potencial bélico de las nuevas astronaves en condiciones de combate real; aunque si también conseguían apoderarse de la base krull, el éxito sería doble. Pero el almirante debería retirarse con sus naves en el mismo momento en que empezaran a irles mal las cosas, ya que nada ganarían con sacrificarse inútilmente. Ésta era la verdadera razón por la cual la fuerza bajo su mando era tan exigua, ya que a pesar de que la versión oficial que lo justificaba era que la Armada no disponía en esos momentos de más astronaves, lo cierto era que de haber enviado una flota superior en número, integrada necesariamente al menos en parte por navíos convencionales, la prueba de los nuevos prototipos no podría haber sido realizada convenientemente.

En esos momentos tan sólo eran operativos los seis navíos de la clase *Viriato* que se encontraban bajo el mando del almirante Céspedes, y los astilleros no continuarían con la construcción de nuevas unidades hasta conocer los resultados de la inminente batalla. Pero ahora lo único que importaba, se dijo, era vencer al enemigo de la forma más completa posible.

-Las naves krulls han adoptado una formación defensiva. -volvió a decir la misma voz.

-¿Cuántas son?

-Cuatro, todas ellas de la clase S.

Ésta era una buena noticia. Las naves de la clase S eran un modelo relativamente anticuado en relación con los modernos navíos terrestres, y en condiciones normales no hubieran supuesto un gran obstáculo para la escuadrilla terrestre que, además, estaba en superioridad numérica. Pero al potencial de fuego de las naves enemigas había que sumar también las poderosas defensas del asteroide, lo cual convertía en incierto el resultado de la batalla.

-Comuníqueme con los otros navíos. -ordenó. Instantes después se dirigía a todos los hombres bajo su mando.

-¡Soldados! -arengó- Recae sobre nosotros una responsabilidad que no podemos rehuir. La batalla será difícil, pero hemos de vencer ya que de ello depende en buena parte

la suerte futura de nuestro planeta. Como dijo hace varios siglos el almirante Nelson, la Tierra espera que cada uno de nosotros cumpla con su deber.

Eso fue todo. Absorto ahora en la organización de sus fuerzas, el almirante Céspedes observó que las astronaves enemigas formaban los vértices de un tetraedro en cuyo centro quedaba ubicado el asteroide. La distancia media entre éstas y la superficie del mismo era del orden de veinticinco o treinta kilómetros, lo suficiente para impedir que los navíos terrestres centraran su fuego en la base, pero muy por debajo de la zona de cobertura de las baterías de la misma, unos cincuenta kilómetros aproximadamente. En consecuencia, el *Viriato* y sus compañeros deberían enfrentarse simultáneamente al fuego combinado de las baterías de tierra y las astronaves krulls, sin poder atacar al asteroide antes de deshacerse previamente de las astronaves dado que el alcance de sus armas era inferior a esta distancia.

-No son tontos estos krulls. -dijo alguien recién llegado- Pretenden cogernos entre dos fuegos.

-Pierce, ¿qué hace usted aquí? -exclamó irritado el almirante al identificar al autor del comentario- Debería estar usted descansando en su camarote.

-¿Pretende usted que me pierda el espectáculo? -respondió éste con desenfado.

-Pero acaba de dejar su guardia y estará cansado. Si algo me ocurriera a mí tendría usted que relevarme, y si no está en condiciones de hacerlo las consecuencias serían muy negativas.

-¡Bah! A usted no tiene por qué pasarle nada, y además la batalla quedará resuelta en poco más de media hora, una hora a lo sumo. ¿Cree usted que mientras tanto yo podría descansar algo en estas circunstancias?

-Está bien. -se rindió el almirante, complacido en el fondo de la decisión de su subordinado- Busque un sitio por ahí y encárguese del control de los cazas.

Y conectando de nuevo el comunicador ordenó:

-¡Zafarrancho de combate! ¡Cazas en formación delta! A los comandantes de escuadrilla: Formación en cuña. Atacaremos por la cara opuesta a la pista de aterrizaje, ajustando la deriva a la rotación del asteroide. El *Alejandro*, el *Ciro*, el *Carlomagno* y el *Julio César* centrarán el fuego sobre las astronaves enemigas que probablemente vendrán a plantar batalla. El *Belisario* ayudará al *Viriato* a atacar a las baterías de tierra. El *Viriato* asumirá el control de todos los cazas.

Los cazas eran unas pequeñas naves no tripuladas que constituían la fuerza de choque de las escuadras siderales terrestres. Armados únicamente con dos cañones láser, suplían su exiguo armamento con una gran movilidad que los convertía en unos escurridizos tábanos

capaces de atravesar las defensas enemigas infligiendo, agrupados en número suficiente, más daños incluso que la poderosa artillería de los navíos. De pequeño tamaño y fáciles de almacenar (cada navío de la serie *Viriato* portaba en su bodega una cincuentena de ellos), podían ser controlados desde la sala de mando de su astronave nodriza o bien, si las circunstancias así lo aconsejaban, podían también ser dejados bajo el control de los sofisticados ordenadores que todos ellos llevaban a bordo.

Los trescientos cazas con los que contaba el almirante Céspedes constituían una considerable ayuda a los seis navíos que sin duda habría de resultar fundamental para equilibrar las fuerzas de los dos contendientes. A diferencia de la armada terrestre, que basaba su potencial ofensivo en una gran movilidad, la táctica de los krulls se apoyaba en unas astronaves enormes formidablemente artilladas y acorazadas, pero precisamente por ello mucho más torpes que los ágiles navíos terrestres. Tampoco poseían los krulls ningún equivalente a los cazas, aunque sí disponían de misiles capaces de dar un serio disgusto a cualquier astronave que tuviera la mala suerte de atravesarse en su camino.

En resumen, la inminente batalla iba a suponer el enfrentamiento entre dos concepciones completamente distintas de hacer la guerra, y del resultado de ésta dependería en buena parte el desarrollo futuro del interminable conflicto.

Pero ya no quedaba tiempo para las reflexiones, se dijo a sí mismo el almirante al tiempo que centraba su atención en los acontecimientos que se desarrollaban frente a su vista. Las naves terrestres se habían acercado deliberadamente al centro del triángulo formado por los tres buques enemigos que custodiaban la cara del asteroide opuesta a la pista de aterrizaje, en la vertical de la cual se mantenía vigilante la cuarta astronave krull. Obviamente los tres acorazados enemigos se apresuraron a cerrar el hueco que se abría entre ellos, encontrándose con la retaguardia formada por los cuatro navíos que protegían al *Viriato* y a su compañero. El momentáneo respiro que les proporcionó esta táctica fue aprovechado por el *Viriato* y el *Belisario* para lanzarse en tromba sobre la superficie del planetillo, llevando como escudo protector las trescientas navecillas que les precedían como si de un enjambre de furiosas avispas se tratara.

Instantes después la lucha se había generalizado mientras la sala de mando se convertía en un maremágnum de gritos y mensajes de todo tipo. El cuarto acorazado, burlado limpiamente en los primeros momentos del ataque, se había incorporado a la batalla descargando toda su artillería contra el *Julio César*, mientras el *Alejandro*, el *Ciro* y el *Carlomagno* mantenían con desigual fortuna combates individuales con el resto de las astronaves enemigas. Las baterías de tierra, bastante ocupadas repeliendo al *Viriato*, a su gemelo *Belisario* y a los cazas, hacían todo cuanto podían por defender a sus propios navíos, los cuales procuraban mantenerse a la máxima distancia posible de la superficie con objeto de que el limitado horizonte del planetoido dejara sin ángulo al menor número posible de baterías.

En tales circunstancias la mente humana era completamente incapaz de seguir el curso de los acontecimientos, por lo que el almirante se limitó a esperar el resultado de su táctica. De distintos puntos del *Viriato* llegaban constantemente informes de daños, pero éstos no eran importantes por el momento y entraban dentro de lo previsto en una batalla.

Dos acontecimientos casi simultáneos vinieron a llamar su atención. Una explosión cegadora marcó el final de uno de los acorazados enemigos, herido de muerte en sus motores por un afortunado disparo del *Alejandro*; pero sin tiempo siquiera para asimilarlo, el vecino *Belisario* se estremeció al encajar el impacto directo de un misil en mitad del casco.

rápidamente el almirante se hizo cargo de la situación. Consultado el *Belisario* se supo que éste había sufrido serios daños perdiendo buena parte de su capacidad ofensiva en la sección de popa; pero aunque con importantes limitaciones, éste seguía siendo relativamente capaz de maniobrar y combatir. Por esta razón fue enviado a apoyar al *Ciro*, que se encontraba en una situación apurada al contrario que el *Carlomagno* y el *Julio César*, los cuales se defendían relativamente bien de sus respectivos rivales. Paralelamente el *Viriato* solicitó al *Alejandro* que ocupara el hueco dejado por el *Belisario*, aprovechando el almirante para felicitar a su comandante.

-Ha sido un golpe de suerte. -respondió éste con sencillez- No es normal que los motores estallen, ni siquiera a consecuencia de un impacto directo de los cañones láser.

-El caso es que el acorazado ha sido liquidado, y eso es lo único que importa. -respondió el almirante- ¿En qué situación se encuentran ustedes ahora?

-Relativamente bien; conservamos más del ochenta por ciento de la potencia de fuego, pero hemos sufrido el impacto de un trozo del fuselaje del acorazado. No parece ser demasiado grave, aunque tenemos una buena brecha en mitad del casco.

-¿Afecta a la maniobrabilidad de la nave?

-No demasiado; en eso tuvimos suerte. ¿Cómo van las cosas por ahí?

-Regular. El *Viriato* se defiende, pero hemos perdido alrededor del cuarenta por ciento de los cazas, además de los daños del *Belisario*. Hemos destruido más de la tercera parte de las baterías y los lanzamisiles, pero todavía quedan los suficientes como para darnos un buen disgusto. Además, también nos están enviando misiles desde la otra cara del asteroide. Si no espabilamos, el *Cástor* y el *Pólux* se tendrán que volver por donde han venido.

La situación era ciertamente comprometida. Mientras el *Viriato*, ahora auxiliado por el *Alejandro*, proseguía con tenacidad la tarea de silenciar las baterías enemigas apoyándose también en la cada vez más mermada flotilla de cazas, los otros cuatro buques terrestres

luchaban con desigual éxito contra los tres acorazados rivales. La táctica de los terrestres era sencilla, aunque compleja tecnológicamente: Sus cascos fusiformes, artillados en todo su perímetro, giraban continuamente sobre su eje central evitando dar siempre el mismo lado al enemigo. Puesto que los acorazados krulls, con un mayor potencial de fuego, trataban de evitarlo girando a su vez, los buques terrestres aprovechaban su mayor maniobrabilidad para describir simultáneamente un movimiento de traslación en torno a las naves krulls que permitiera contrarrestar la rotación de éstas. Para dificultar aún más las cosas los navíos terrestres también se veían obligados a rechazar los misiles y los disparos que les llegaban desde la cercana superficie del asteroide.

El resultado final era un siniestro y mortífero rigodón, adornado con los destellos de los láseres y las explosiones silenciosas de los misiles, en el cual el premio para el perdedor era la destrucción y la casi segura muerte. Aunque resultaba imposible predecir el desenlace de la batalla, la situación no era desfavorable a las armas terrestres: El rival del *Carlomagno* estaba prácticamente desmantelado, mientras el *Julio César* y su contrincante procedían a destrozarse mutuamente. Por último el *Ciro*, auxiliado por el mermado *Belisario*, había conseguido equilibrar finalmente la balanza.

Sin embargo, este esfuerzo resultaría completamente baldío si los transportes de tropas no conseguían expugnar el asteroide, y ello no sería posible si previamente no quedaban destruidas las baterías enemigas que lo defendían... Cosa que no estaba resultando nada fácil.

-¿Cuántos cazas nos quedan? -preguntó el almirante con impaciencia.

-Apenas algo más de cien. -fue la descorazonadora respuesta.

-¿Cuántas baterías quedan por destruir?

-Alrededor del cincuenta por ciento.

-Así nunca acabaremos. -masculló entre dientes- ¿Qué opina usted, Pierce?

-La verdad es que lo veo difícil, señor. -respondió el aludido- Habríamos necesitado muchos más cazas para poder silenciar estas baterías sin problemas; el *Viriato* es excelente para combatir en el espacio, pero no resulta demasiado adecuado para estas tareas.

-Entonces tendremos que arriesgarnos. Bajaremos a vuelo rasante e iremos destruyendo una a una esas malditas baterías. El *Alejandro* nos cubrirá desde su actual posición defendiéndonos de los misiles que nos puedan llegar desde la otra cara; de lo de abajo nos encargaremos nosotros.

Esta iniciativa era la única que contaba con alguna garantía de éxito, pero resultaba ser enormemente arriesgada. Acercarse tanto a las baterías enemigas reducía al mínimo la

posibilidad de esquivar sus disparos, al tiempo que una maniobra equivocada podría hacer que el *Viriato* se estrellara contra la torturada superficie. Todos los tripulantes del navío lo sabían, pero nadie elevó la más mínima protesta; conocían a su comandante, le estimaban y todos le hubieran obedecido sin rechistar aunque ello implicara su muerte segura.

La aproximación del *Viriato* a las baterías le permitiría concentrar su fuego una por una en todas ellas provocando su destrucción sistemática, pero esto le convertiría en un blanco seguro para las más cercanas. Por fortuna el horizonte del planetillo era tan limitado que describiendo un vuelo rasante serían relativamente pocas las baterías que les tendrían a tiro en un momento dado. Los misiles eran mucho más peligrosos al describir éstas trayectorias balísticas y al provenir también de la cara oculta del planetoides, pero sus bases de lanzamiento en las zonas más cercanas al *Viriato* habían sido muy castigadas por los cazas por lo que éstas, que eran a priori las más peligrosas, no resultaban ser demasiado problemáticas. Por último, el puñado de cazas supervivientes y el vigilante *Alejandro* procurarían guardarles las espaldas.

-Me temo que vamos a quedar hechos un colador. -musitó el capitán Pierce- Espero que el blindaje del casco resista.

-Resistirá. -le tranquilizó el comandante- Estas baterías no están diseñadas para disparar a ras de tierra, por lo que si conseguimos descender lo suficiente tan sólo nos tendremos que preocupar por los misiles que puedan llegar del otro lado; y para eso está el *Alejandro*.

-Lo peor va a ser el descenso; mientras dure vamos a estar completamente indefensos.

-Algo hay que arriesgar. -fue la lacónica respuesta.

Aunque la maniobra de acercamiento duró tan sólo unos segundos, a los tripulantes del *Viriato* les pareció una auténtica eternidad temiendo que cada impacto encajado, y fueron numerosos, supusiera el fin de la nave y de ellos mismos. Sin embargo, cuando finalmente se estabilizaron a tan sólo cincuenta metros de altura, el *Viriato* seguía estando aparentemente entero.

-Informe de daños. -ordenó el almirante.

-Todos los sistemas vitales funcionan correctamente. -fue la respuesta del jefe de mantenimiento- Maniobrabilidad al ochenta y cinco por ciento, con daños menores en el motor número tres. Potencia de fuego al sesenta y cinco por ciento. Perforaciones de diversa magnitud en varios sectores del casco sin afectar en ningún caso a la estructura interna. Sin daños en el habitáculo central. No hay bajas en la tripulación.

-Perfecto. -exclamó el almirante, más para sí mismo que para los demás- Vuelo rasante en círculos concéntricos; tenemos que destruir esas baterías lo antes posible.

En ese momento un vivo fognazo deslumbró la pantalla visora. Instantes después se oía por radio la voz del comandante del *Alejandro*.

-¡Eh los de ahí abajo! Si no llega a ser por nosotros, encajan ese regalito en mitad del casco. No nos importa hacer de niñeras, pero bastante tenemos nosotros con defendernos de todo lo que se nos viene encima.

Por vez primera en toda la batalla el almirante Céspedes sonrió ante el jocoso comentario de su subordinado. Sin embargo, la situación no era para tomársela a broma; imposibilitados para atacarlos con las baterías láser, los krulls intentaban destruirlos con misiles lanzados desde la cara oculta del asteroide, en la cual las defensas estaban prácticamente intactas. Había que estar, pues, con cuidado vigilando todo aquello que pudiera caerles del cielo.

Mientras tanto el *Viriato* había comenzado con su tarea. Por fortuna la superficie del planetillo, aunque acribillada con cráteres de todos los tamaños, carecía de desniveles de importancia, circunstancia que facilitaba mucho las cosas. Desde su nueva posición destruir las ahora indefensas baterías enemigas parecía casi un juego de niños, pero la lluvia continua de misiles seguía convirtiendo en muy peligrosa la misión.

-Vaya, éste pasó cerca. -exclamó el capitán Pierce tras constatar que un misil había hecho explosión apenas a cien metros de distancia- Como los artilleros no anden finos, lo vamos a pasar bastante mal.

En efecto, así era. Percatados los krulls del peligro que representaba el *Viriato*, habían procedido a descargar sobre él todos sus misiles olvidándose del resto de los navíos de la escuadrilla. Más desembarazado ahora el *Alejandro* sus armas contribuían eficazmente a proteger al *Viriato*, pero pese a ello el riesgo de un impacto directo era cada vez más patente.

-¿Es que no se les van a acabar nunca los misiles a estos malditos? -exclamó uno de los pilotos.

-Ordenen a la tripulación que se calen las escafandras. -fue la escueta respuesta del almirante.

En aquel momento una llamada del comandante del *Ciro* les recordó que la batalla continuaba allí arriba. Se trataba de una buena noticia: El acorazado krull contra el que se enfrentaba el *Ciro*, primero en solitario y posteriormente auxiliado por el *Belisario*, había quedado fuera de combate. Al parecer algunos de sus tripulantes habían sobrevivido, pero la enorme astronave era ahora un pecio inerte que vagaba a la deriva por el espacio.

-Nosotros todavía podemos hacer algo, pero el *Belisario* ha tenido que retirarse a retaguardia con los transportes, ya que está muy dañado. -concluyó el comandante.

-Está bien. -concedió el almirante. Diríjense a ayudar al *Julio César* o al *Carlomagno*, el que más lo necesite de los dos.

El más necesitado era el *Julio César*, ya que el *Carlomagno* acababa de desembarazarse también de su rival. Con ello la batalla había dado un vuelco radical ya que tan sólo quedaba en combate un único acorazado enemigo, el que traía en jaque al *Julio César*; y éste, al ver acercarse por ambos flancos al *Carlomagno* y al *Ciro* optó por emprender la huida rehuendo enfrentarse a fuerzas tan superiores.

-Olvídense del acorazado y acudan a apoyar al *Alejandro*. -ordenó el almirante a sus respectivos comandantes- Y si el *Julio César* puede hacerlo, que venga también; a ver si entre los cuatro pueden acabar con todos esos malditos misiles.

El *Julio César* respondió que estaba muy dañado y tenía grandes averías en los motores, por lo que fue enviado a retaguardia junto al *Belisario*. Pero tanto el *Carlomagno* como el *Ciro* confirmaron que continuaban operativos, por lo cual procedieron a auxiliar al exhausto *Alejandro*.

Mientras tanto el *Viriato* continuaba con su labor de limpieza aniquilando una tras otra todas las baterías láser que continuaban operativas en ese lado del asteroide, ayudado en su labor por los escasos -apenas dos docenas- cazas supervivientes. El número de misiles enemigos que caían sobre él había disminuido notablemente, no por la destrucción de los lanzadores situados en la otra cara del planetillo (las baterías láser estaban allí prácticamente intactas, y hubiera sido muy peligroso intentar destruirlas con lo que quedaba de su menguada flota) sino por un más que probable agotamiento de los silos en los que se almacenaban. El polvoriento suelo del asteroide estaba salpicado de restos metálicos que daban buena fe de lo encarnizado que estaba resultando el combate, restos que se incrementaban cada vez que un nuevo misil era hecho estallar bien por las baterías del propio *Viriato*, bien por las de cualquiera de sus gemelos.

Hasta ese momento la suerte había sido su aliada; la mayor parte de la superficie había sido despejada, y pronto no habría en todo ese lado ni una sola batería que pudiera oponerse al desembarco de las tropas de asalto transportadas en el *Cástor* y el *Pólux*. Los misiles eran algo muy distinto ya que podrían seguir cayendo desde el otro lado del asteroide, pero si su número seguía disminuyendo bastaría con las defensas de los cuatro navíos, junto con las propias de los dos transportes, para conjurar el peligro. Si el desembarco se realizaba con éxito la base caería en poder de los terrestres, ya que los krulls carecían de tropas que pudieran oponerse al avance de la infantería.

Todo parecía ser, pues, favorable a las armas terrestres, pero el destino quiso someterlos a una nueva y dura prueba. Un misil perdido, esquivando inexplicablemente las defensas, primero de los tres navíos que continuaban en órbita, y posteriormente las del propio *Viriato*, impactó directamente contra éste partiéndolo casi por la mitad. Aunque la

altura que el *Viriato* mantenía sobre la superficie no era mucha, apenas cincuenta metros, y la atracción gravitatoria del asteroide era prácticamente nula, el impulso creado por el propio impacto hizo estrellarse al desgraciado navío contra el suelo, destrozándose completamente el casco exterior a causa de la rotación del mismo.

Aunque el habitáculo central donde se resguardaba la tripulación estaba muy protegido, la pérdida instantánea de la gravedad artificial hizo que el efecto conjunto de los dos impactos -primero el del misil e instantes después el choque contra la superficie- tuviera unos efectos dramáticos.

Cuando las brumas que velaban su mente se disiparon siquiera parcialmente, el almirante Céspedes descubrió tan sólo oscuridad en torno suyo. Oscuridad absoluta. Sin embargo, continuaba dentro de su traje espacial, respiraba sin problemas... Y la pierna derecha le dolía terriblemente. Intentó entonces mover los brazos; el derecho respondió dócilmente a sus deseos, pero el izquierdo estaba completamente inmovilizado aunque no sentía en él dolor alguno.

Alzando con cuidado el brazo derecho conectó el foco frontal de la escafandra temiendo que pudiera haberse roto, ya que de ocurrir esto se hubiera visto privado de ver lo que ocurría a su alrededor. Por suerte el foco funcionó, mostrándole un maremágnum en el cual se entremezclaban, a modo de trágico aguafuerte, los cuerpos inertes de sus compañeros con todo tipo de despojos procedentes de los destrozados aparatos que abarrotaran la sala de mando.

Un cuerpo tendido de bruces a su lado era lo que le retenía el brazo. Haciendo un esfuerzo consiguió liberarlo al tiempo que daba la vuelta a su inerte compañero. era Pierce, y estaba muerto. El cristal de su escafandra se había roto y, aunque en el cuerpo no se apreciaba ninguna herida, el rostro mostraba signos evidentes de los efectos combinados de la descompresión y la asfixia.

Esto significaba que el *Viriato*, además de perder todos los sistemas vitales (el campo gravitatorio interno tampoco funcionaba, como pudo comprobar al moverse), había perdido la estanqueidad desapareciendo el aire del interior del mismo. Las averías, pues, eran bastante más graves de lo que hubiera podido sospecharse en un primer momento, y quizá incluso el orgulloso navío no podría volver a navegar de nuevo.

Moviéndose con cuidado para evitar las aguzadas aristas que, de desgarrarle el traje, hubieran supuesto una muerte segura, el almirante consiguió ponerse finalmente en pie. La pierna le seguía doliendo, pero no parecía estar rota y, aunque con dificultades, tampoco le impedía andar. A pesar de que la única iluminación existente en la destrozada cabina era la de su lámpara, no le costó demasiado esfuerzo percatarse de lo dramático de la situación en la que se encontraba. El destrozo había sido total, y todo hacía temer que muy pocos

tripulantes hubieran podido sobrevivir; al menos en la sala de mando, según pudo comprobar tras una rápida inspección, eran varios los muertos.

Decidió conectar entonces la radio interior de su traje espacial, seleccionando la frecuencia reservada para emergencias. Esta emisora tenía un alcance muy limitado y no serviría para pedir ayuda al resto de las astronaves terrestres, pero al menos le permitiría ponerse en contacto con los demás supervivientes del *Viriato*.

Lo más importante en ese momento era, se dijo, abandonar el navío lo antes posible, ya que constituía un blanco perfecto y completamente indefenso para los misiles enemigos. El hecho de no haber encajado ningún nuevo impacto parecía indicar que el resto de la escuadrilla continuaba neutralizándolos, pero siempre sería mejor no tentar a la suerte saliendo a terreno descubierto lo antes posible; allí estarían relativamente seguros y podrían esperar a ser rescatados.

El resultado de su llamada fue descorazonador: Apenas veinte miembros de la tripulación respondieron a la misma. Ciertamente era que podía haber alguien con la emisora averiada, o sin sentido; pero en cualquier caso todo parecía indicar que el número de bajas había sido realmente grande. La evacuación del malogrado *Viriato* no era, por otro lado, nada fácil de ejecutar: La zona habitable del navío ocupaba la parte central del mismo, estando completamente rodeada por el casco y las estructuras externas del mismo, distribución que permitía aislar a los tripulantes de los impactos durante las batallas, al tiempo que hacía posible la rotación del casco sobre su eje mientras la zona interior permanecía inmóvil. Evidentemente existían numerosas escotillas repartidas por todo el casco que permitían a los tripulantes salir al exterior, pero era de temer que la mayor parte de ellas estuvieran inutilizadas a causa del impacto contra la superficie del asteroide. El camino más fácil sería, por ello, abandonar la nave por el eje central de la misma, pero en esas circunstancias nadie podría asegurar que esta vía pudiera estar expedita.

Bien, al menos habría que intentarlo. Reunido con los otros tres supervivientes de la sala de mando, uno de los cuales tenía al parecer una pierna rota, inició el penoso camino hacia el exterior.

Una vez en el eje central, un pasillo de dos metros de diámetro, descubrieron con alivio que, al menos en la parte de proa, no parecía haber obstáculos insalvables. Engrosado su grupo con varios supervivientes procedentes de otras dependencias de la nave, siguieron adelante hasta tropezar finalmente con la primera de las esclusas que les cerraban el camino.

La esclusa estaba cerrada tal como cabía esperar, aunque aparentemente no había sufrido daños. La falta de electricidad impedía su apertura automática, pero existía un mecanismo de emergencia que debería permitir abrirla manualmente... Y la abrió, para alivio de todos. La segunda esclusa tampoco planteó problemas, pero la tercera y última,

que era la que daba salida al casco de la astronave, resistió todos sus esfuerzos. Por fortuna los ingenieros que diseñaron el *Viriato* habían previsto también esta contingencia incorporando unas cargas explosivas cuya misión era la de hacer saltar la gruesa compuerta en caso de que fuera necesario, explosivos que permitieron al almirante y a sus compañeros salvar la última barrera que les separaba del exterior.

Sin embargo, todavía les quedaba un nuevo obstáculo: Las varias decenas de metros que separaban la proa del *Viriato* de la superficie del asteroide. Por desgracia carecían de cualquier tipo de escalas, lo que les obligaría a saltar hasta el suelo.

-¡Vaya! Parece que los ingenieros no previeron que el *Viriato* pudiera verse obligado a realizar un aterrizaje forzoso. -exclamó uno de los tripulantes.

-Estas naves no están diseñadas para posarse en tierra, y mucho menos para estrellarse. -respondió el almirante- Así pues, si a nadie se le ocurre alguna idea mejor no tendremos más remedio que saltar.

La maniobra no carecía de peligro ya que, si bien la práctica inexistencia de gravedad hacía que los astronautas carecieran prácticamente de peso, un cálculo erróneo del impulso dado con el salto podría provocar que la inercia les hiciera chocar contra el suelo con más violencia de la necesaria provocándoles lesiones importantes. Afortunadamente ese hemisferio del asteroide se encontraba entonces iluminado por la mortecina luz de la estrella en torno a la cual giraba, lo que les permitiría al menos ver donde ponían los pies.

-Bien, tendremos que decidirnos. -comentó uno de los tripulantes- Voy el primero.

Y colgándose del borde exterior de la escotilla se dejó caer con cuidado dándose un pequeño impulso con los brazos para, instantes después, alcanzar sin mayores percances la polvorienta superficie del planetoide.

-Es fácil. -advirtió a sus compañeros- Basta con evitar dar un impulso demasiado fuerte.

Por suerte todos los astronautas terrestres contaban con un entrenamiento para desenvolverse en situaciones de falta de gravedad, por lo cual todos ellos pudieron descender sin demasiados problemas. Más complicado resultó evacuar a los heridos, que por lo general tenían fracturas de huesos, pero dejándolos caer con suavidad y recogéndolos abajo pudieron ponerlos también a salvo.

Aunque ya estaban fuera de la astronave, urgía alejarse de ella. sin embargo, antes de hacerlo el almirante miró por vez primera al cielo intentando conocer el estado de la indecisa batalla.

Las luces restallantes de los láseres y las explosiones más pausadas de los misiles indicaban que la lucha continuaba sobre sus cabezas. La cobertura protectora de los navíos terrestres seguía siendo efectiva como lo demostraba el hecho de que ningún nuevo misil había caído sobre el indefenso *Viriato*, pero convenía no abusar de su buena suerte; la mole inerte del navío era un blanco fácil, y aunque todo parecía indicar que los krulls lanzaban sus misiles casi a ciegas, el riesgo de que encajara un nuevo impacto era demasiado elevado como para ser ignorado.

Con lágrimas en los ojos el almirante miró por postrera vez los tristes despojos del orgulloso navío, mausoleo además de la mayor parte de su dotación, buscando en la torturada superficie algún lugar que pudiera servirles de refugio a él y a sus compañeros. El *Viriato* yacía en mitad de un cráter de alrededor de medio kilómetro de diámetro, y los bordes del mismo le impedían la visión del terreno situado más allá. Si hubiera algún tipo de cueva en las laderas...

De repente descubrió que en el extremo opuesto a aquél en el que se encontraban, en el mismo borde del cráter, se alzaban los restos de una de las fortificaciones krulls destruidas en el transcurso de la batalla. Aparentemente no había señales de vida en ella, lo cual era lógico teniendo en cuenta que estas instalaciones eran prácticamente automáticas y que su dotación, si no habían muerto todos ellos, se habría refugiado con toda probabilidad en la cara opuesta del asteroide. En todo caso, y de no ser así, los terrestres siempre podrían defenderse con sus armas cortas amparados en su más que segura superioridad numérica.

Iba a ordenar la marcha hacia las ruinas cuando uno de los pilotos, convertido ahora en el oficial de mayor graduación después de él mismo, llamó su atención.

-Señor, hemos encontrado otro grupo de supervivientes que abandonaron la nave por popa.

-Estupendo. -respondió- ¿Cuántos son?

-Nueve, pero quizá quede todavía alguien más intentando salir.

-Nos dirigiremos hacia los restos de la batería que se alzan en el borde del cráter, al otro lado de la nave. Será conveniente dejar aquí un retén de un par de hombres para que indiquen el camino a todos los que abandonen el *Viriato*. Encárguese de ello.

-Bien, señor. Además, quería decirle que está descendiendo una nave.

-¿Una nave? -preguntó el almirante al tiempo que miraba al cielo con preocupación- ¿Dónde?

-Allí. -respondió el piloto señalando un débil punto luminoso que se desplazaba por el firmamento.

-¿No será un misil?

-No lo creo; no llevaría esa trayectoria. Más bien me inclino a pensar que debe de tratarse de una nave auxiliar enviada por los nuestros.

Eso tenía que ser; puesto que los otros buques habían perdido contacto por radio con el *Viriato*, era lógico pensar que enviaran alguna nave a la superficie con objeto de recoger a los supervivientes. Sin embargo, y como medida de precaución, el almirante ordenó a sus subordinados que se refugiaron detrás de cualquier obstáculo.

Apenas un par de minutos después los náufragos contemplaban con alivio que efectivamente se trataba de un pequeño bote perteneciente a la dotación del *Alejandro*, aunque un sentimiento de decepción cruzó por la mente de todos ellos. La navecilla apenas tenía capacidad para cuatro o cinco personas, y ellos eran muchos más. ¿Por qué no habían mandado una lancha de desembarco, en la cual hubieran cabido holgadamente todos ellos?

-Si ignoran en qué estado se encuentra el *Viriato*, ni cuantos de nosotros hemos sobrevivido, es lógico que envíen una nave pequeña para averiguar lo que ha pasado; - respondió el almirante cuando alguien expresó en voz alta la idea que rondaba por todas las cabezas- y puesto que han perdido contacto por radio con nosotros, es de suponer que estén intranquilos. Vayamos a ver qué pasa.

Adelantándose a sus compañeros el almirante se acercó al bote abriendo la escotilla del mismo. Puesto que éste carecía de esclusa pudo observar inmediatamente que la cabina estaba vacía; había sido pilotado por control remoto, otra precaución adicional motivada por el deseo de evitar bajas innecesarias si el bote era abatido en pleno vuelo.

Temiendo que las cosas no fueran demasiado bien allá arriba, el almirante se acomodó en el asiento del piloto y, sin molestarse siquiera en presurizar la cabina, conectó con un cable su propia radio a la emisora del bote. Apenas unos segundos después -era evidente que estaban esperando- entraba en contacto con el comandante del *Alejandro*.

Supo entonces que la situación estaba bajo control y no quedaba ninguna batería operativa en todo ese hemisferio, pero que aunque cada vez de forma más pausada -era evidente que debían de estar agotándose las reservas- los krulls continuaban lanzando misiles desde la otra cara del asteroide. Dado que allí las baterías láser estaban todavía intactas, resultaba muy arriesgado atacarla con las tres astronaves que quedaban operativas, por lo cual sería preferible aguardar al agotamiento total de los misiles enemigos.

Puesto que todavía era prematuro proceder al desembarco de las fuerzas de infantería, y dado que también era arriesgado enviar una lancha a recogerlos, el almirante ordenó a su subordinado el aplazamiento del rescate; allí estarían seguros dado que los krulls carecían de tropas de superficie, e incluso así podrían resultar más útiles a las fuerzas terrestres de

desembarco. El almirante deseaba volver al tomar el mando de la operación, pero el comandante del *Alejandro* le disuadió asegurándole que no podía garantizar que el vuelo de vuelta de la indefensa navecilla no fuera interrumpido por un misil. Quedaba pendiente no obstante el tema de los heridos, algunos de los cuales precisaban atención médica urgente, razón por la que solicitó que fuera enviada una lancha de mayor tamaño con objeto de transportarlos al *Alejandro*, reservando el bote para mantener contacto por radio con lo que quedaba de su escuadra.

Otra misión valiosa del bote sería la de transportarlos, en varios viajes, hasta el lugar elegido como refugio, evitándoles así una fatigosa caminata; pero antes deberían comprobar que no quedaba allí ningún enemigo, por lo que un grupo de cinco tripulantes fue enviado a pie con objeto de explorar el terreno.

Mientras tanto la batalla continuaba estacionaria. Los krulls sólo podían atacar a las naves terrestres con misiles y además a ciegas, pero éstos eran todavía lo suficientemente numerosos como para mantenerlos ocupados. No obstante era cuestión de tener paciencia, justo lo que les faltaba a los náufragos del *Viriato* mientras sus compañeros alcanzaban su destino.

Éstos no se hicieron esperar demasiado y poco después informaban que no existía signo alguno de vida en las ruinas de la destruida batería. Libre, pues, de obstáculos el camino los supervivientes procedieron a desplazarse en el bote hasta su improvisado refugio. Una vez allí, y siempre por mediación de la radio del bote, supieron que la batalla se iba decantando poco a poco a favor de los terrestres. Los misiles krulls llegaban cada vez más espaciados y eran neutralizados con relativa facilidad, con lo que el desembarco de las tropas de infantería era ya inminente.

El almirante, por su parte, dudaba aún sobre el camino a seguir. Podía desplazarse al *Alejandro* aprovechando la evacuación de los heridos retomando el mando de la flota, pero la labor de ésta estaba ya prácticamente concluida y los comandantes de los navíos mantenían la situación bajo control; pero podía también mantenerse allí hasta que tuviera lugar el desembarco de la infantería, aprovechando su forzado aterrizaje para constituirse en un privilegiado vigía frente a posibles avances enemigos. Aunque tenían la práctica certeza de que los krulls carecían de fuerzas terrestres, las defensas de la otra cara del asteroide continuaban intactas y quizá pudieran darles todavía algún disgusto.

Finalmente optó por quedarse en tierra, demostrándole los acontecimientos posteriores que había obrado acertadamente. La lancha enviada desde el *Alejandro* a recoger a los heridos, que había recorrido sin ningún percance el espacio que le separaba del asteroide, tuvo un retorno mucho más problemático cuando, recorrido apenas la mitad del trayecto, se estremeció bajo el impacto de un láser que restalló desde unas rocas situadas a algo más de

un kilómetro de distancia. Por fortuna la nave consiguió enderezarse y, renqueando, buscó refugio en el protector hangar de su nave nodriza.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó impacientemente el almirante.

-La lancha ha sufrido el impacto de un láser en uno de los estabilizadores de popa. -respondieron del *Alejandro*- Por fortuna no ha habido daños personales, pero mientras no acallemos a esa batería será arriesgado realizar ningún nuevo viaje.

-No era ninguna batería; -gruñó el almirante- de haberlo sido, la lancha hubiera estallado en mil pedazos. Se trataba de un fusil de baja potencia.

-Pues tendremos que acallarlo antes de que nos dé otro disgusto.

-No creo que puedan hacerlo. Todo parece indicar que se trata de algún superviviente de la dotación de cualquiera de las baterías cercanas, quizá de esta misma; estará escondido en cualquier lugar, y ustedes carecen de medios para descubrirlo.

-Pero los transportes de tropas ya se están aproximando. -objetó intranquilo su subordinado.

-No hay de qué preocuparse; con uno, e incluso con varios fusiles, ningún daño pueden hacer a nuestros navíos. Tan sólo podrían ser peligrosos para una nave pequeña, por lo cual es preferible interrumpir la evacuación. Aquí estaremos seguros hasta que nuestros chicos aterricen.

-¿Y si les atacan los krulls?

-Nos defenderemos. No obstante, lo más probable es que en estos momentos estén corriendo como conejos en busca de refugio en el otro hemisferio; de hecho, me extraña que continúen aquí. No se preocupe por nosotros, comandante; sigan interceptando los misiles y faciliten el aterrizaje de los transportes. La base es nuestra.

-Ojalá no se equivoque, señor. De todos modos, estaremos atentos para acudir en su ayuda en el caso de que sean atacados. -fue la despedida del fiel oficial.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, el almirante no se mantuvo ocioso. Si el enemigo les atacaba no debería pillarlos desprevenidos, por lo cual organizó la defensa del grupo de supervivientes de la forma más efectiva posible. Aunque sólo contaban con pistolas y no con fusiles u otras armas de superior potencia, éstas deberían ser suficientes para defenderse del ataque de unos krulls que sin duda deberían ser inferiores en número. El bote, que constituía su único enlace con el exterior, fue cuidadosamente resguardado en el interior de los destruidos edificios, mientras sus hombres establecían puestos de guardia en torno a todo el improvisado campamento.

Un vistazo a su reloj le reveló que tan sólo habían transcurrido algo más de cuarenta minutos desde que se iniciara la batalla... Cuarenta minutos que se le antojaban toda una eternidad. Bien, los transportes no podrían tardar mucho en llegar, y entonces todo se habría acabado. Había perdido el *Viriato*, pero a cambio sería el vencedor de la batalla.

Sin embargo, sus problemas no habían acabado aún. Uno de sus hombres avisó por radio que había detectado unos movimientos sospechosos enfrente suyo, e instantes después el destello de un láser restallaba en el otro extremo del campamento al tiempo que la voz del vigía era reemplazada por el silencio.

-¡Vázquez! ¡Smith! -gritó a los más cercanos al puesto atacado- Corran a auxiliar a Liadov. Todos los demás, en alerta máxima.

Él mismo abandonó el lugar en que se encontraba marchando apresuradamente hacia el punto donde había tenido lugar la refriega. Cuando llegó allí descubrió a dos de sus astronautas agazapados tras unas piedras mientras un tercero yacía inerte a su lado.

-Son tres o cuatro. -le comunicó uno de ellos- Pero han matado a Liadov y están apostados en mejores posiciones que nosotros. Además, todos ellos tienen fusiles.

Mascullando una maldición el almirante se refugió junto a sus compañeros al tiempo que una descarga enemiga hacía saltar esquivas de piedra sobre su escafandra. La situación se había tornado sumamente complicada, puesto que entonces fue advertido el almirante de que los krulls habían iniciado nuevos ataques en distintos lugares del precario perímetro defensivo de los terrestres; al parecer se trataba de un ataque en toda regla cuyo fin no era otro que el de exterminarlos.

Un disparo afortunado del propio almirante atravesó limpiamente la escafandra de uno de sus enemigos, pero esa pírrica victoria no cambiaba el signo de la batalla. Los krulls eran superiores no sólo en armamento sino también, al parecer, en número, lo que hacía que su situación fuera sumamente precaria. Tenían que avisar al *Alejandro*, pedirles que mandaran urgentemente tropas en su ayuda; pero en aquel momento una vívida deflagración acabó con sus últimas esperanzas. El bote, y con él la emisora, habían sido destruidos por el enemigo dejando a los naufragos completamente aislados del resto de la flota.

-No importa. -animó el almirante a sus subordinados mientras se replegaban a posiciones más seguras- Saben donde estamos, y vendrán directos a rescatarnos.

Eso era cierto, aunque no sería el *Alejandro* el encargado de hacerlo. La inmensa mole de uno de los transportes se cernía ya sobre el horizonte descendiendo con lentitud sobre la torturada superficie del planetoide. Cuando estuviera situado a unos cincuenta metros de altura abriría las compuertas de su vientre vomitando por ellas el poderoso ejército

acorazado que constituía la fuerza de infantería; la victoria estaba ya decantada a favor de las fuerzas terrestres, y ellos sólo tendrían que esperar unos minutos para ser rescatados.

Sin embargo, o quizá a causa de ello, los krulls estaban empeñados en ponérselo difícil. Furiosos por la derrota sufrida, decididos a morir antes que caer prisioneros, redoblaron sus esfuerzos al tiempo que estrechaban todavía más el cerco. ¿De dónde habrían salido tantos? Probablemente no se trataba de los supervivientes del bombardeo de alguna batería cercana, tal como habían pensado, sino que en realidad se estaban enfrentando con un comando fuertemente armado enviado desde la base principal situada en el otro hemisferio; pero esta cuestión, a esas alturas, no tenía ya la menor importancia.

Repentinamente el soldado que se encontraba junto al almirante, un técnico de motores que se había batido como un jabato durante toda la lucha, cayó sobre él sin exhalar un suspiro tras ser alcanzado por un certero disparo. Para él no habría ya ni liberación ni victoria.

Esta muerte enardeció al almirante que, deseoso de vengarla, abandonó su precario refugio disparando a bocajarro contra sus enemigos. Éstos, sorprendidos por la audaz acometida y sin posibilidades de huida, cayeron abatidos por los furiosos disparos del almirante. Uno, dos, tres... Por desgracia un cuarto enemigo situado fuera de su campo visual, impotente para evitar la masacre que se cernió sobre sus compañeros, consiguió no obstante disparar sobre el furibundo terrestre sin sospechar siquiera que acababa de matar al almirante en jefe de la flota que les había infligido la más aplastante derrota en muchos años.

Cuando el almirante Céspedes sintió que la oscuridad se apoderaba de su mente, pudo aún dedicar un postrer recuerdo -el último de su existencia- a todos los que con él habían caído en defensa de la Tierra. Y murió satisfecho, puesto que su sacrificio no había resultado vano.

* * *

Tras la oscuridad llegó la luz, aunque Arturo Céspedes tardó todavía algún tiempo en ser plenamente consciente de su nueva situación. Se hallaba en una camilla anatómica -en realidad un sillón reclinable- y un complicado casco le cubría la totalidad del cráneo. Entonces lo supo. Él no era ningún almirante de la flota estelar terrestre ni tampoco nuestro planeta estaba en guerra con los krulls... Todo había sido una completa, aunque extremadamente sofisticada, ficción.

En realidad él era, lo recordó brutalmente, un tetraplégico confinado en una silla de ruedas desde que tres años atrás sufriera aquel desgraciado accidente de circulación; una cabeza unida a un cuerpo muerto cuyo mundo estaba encerrado entre cuatro paredes y cuyas actividades cotidianas, aun las más básicas, dependían por completo de la ayuda de los demás.

-¿Qué tal le fue? -la pregunta de la enfermera le apartó definitivamente de sus ensoñaciones.

-Bastante bien. -respondió con un hilo de voz mientras dejaba que le quitaran el casco- Estuve a punto de llegar hasta el final, pero me tumbaron a última hora. Eso sí, la conquista de la base estaba ya prácticamente decidida.

-La batalla debe de continuar todavía; -puntualizó la enfermera- Juan y Pedro siguen conectados.

-¿Qué puestos desempeñaban?

-Juan era el comandante de una de las naves, el *Alejandro* creo, y Pedro era el responsable de las tropas de desembarco.

Así que era el bueno de Juan quien le había estado cubriendo las espaldas durante el ataque a la base krull... ¡Quién lo hubiera dicho! Pero una de las normas básicas del proyecto era la prohibición terminante de que los participantes conocieran previamente sus respectivos papeles. Solamente así, no pudiéndose diferenciar entre los personajes reales y los virtuales, se podría calibrar la eficacia de los algoritmos empleados en la generación de los escenarios.

-¿Participaba alguien en el bando de los krulls? -ahora que su labor había terminado sí le estaba permitido conocer todos los detalles de la simulación.

-Sí. -respondió la enfermera cotejando una ficha- Miguel era el jefe de la base, y todavía sigue allí pasando al parecer por una situación bastante apurada. Fernando era el comandante de uno de los acorazados krulls puestos fuera de combate, y ahora se encuentra descansando en la galería. Si quiere que le lleve allí... Hace un día precioso.

-De momento no. -respondió Arturo recordando las malas pulgas que solía gastar su compañero siempre que perdía- Prefiero quedarme aquí. ¿Y los demás?

-Andrés y Ángel quedaron excluidos de la simulación, y al resto le correspondía descanso. Algunos de ellos están en la sala común; ¿prefiere ir allí?

Su mudo asentimiento fue interpretado por la enfermera como una respuesta afirmativa, por lo que ésta procedió a trasladarlo allí. En realidad le daba igual; siempre que

terminaba una simulación le quedaba una sensación de vacío que sólo al cabo de cierto tiempo lograba colmar.

Hacía tan sólo unos minutos, se dijo, era el almirante de una poderosa escuadra sideral que luchaba contra unos despiadados enemigos. Ahora, por el contrario, era tan sólo un triste inválido incapaz de valerse por sí mismo. ¡Qué ironía tan cruel!

Eran muchas las veces que se había prometido renunciar, pero hasta entonces siempre había acabado desestimando su decisión inicial. ¿Por qué razón? Probablemente, porque el proyecto *Segismundo* (el nombre elegido no podía ser más acertado) era en el fondo el único aliciente que le quedaba a un pobre inválido cuya mente se rebelaba ante la idea de permanecer prisionera en un cuerpo inútil. Ésta era la razón por la cual, tras haber estado hundido en el pozo de una profunda depresión de la que ni siquiera podía huir gracias al suicidio, había aceptado formar parte del más ambicioso proyecto de realidad virtual desarrollado en toda la corta historia de la informática. Su cuerpo era un simple fardo, pero su mente aún podía volar libremente por universos siquiera imaginados; y por ello aceptó, ansioso por liberarse de las crueles ataduras con que le había ligado el destino.

En un principio tan sólo se había intentado agrupar dos de las ramas más prometedoras de la informática, los juegos de guerra y la realidad virtual; pero con el tiempo, los responsables del proyecto *Segismundo* intentaron ir más allá sumergiendo a los voluntarios -todos ellos tetrapléjicos- en unos universos imaginarios aunque tan reales que resultaba completamente imposible discriminar en ellos entre lo real y lo inventado. El fin último del proyecto era poder conectar de forma permanente mentes humanas a las inmensas redes informáticas que interconectaban todos los rincones del planeta, pero hasta entonces tan sólo habían llegado a recrear, con mayor o menor fortuna, diversos escenarios todos los cuales únicamente tenían en común que jamás habían existido y jamás podrían existir.

En realidad se trataba tan sólo de un juego y ellos lo sabían perfectamente, pero pese a ello no podían evitar confundir la realidad con la ficción y, lo que era mucho peor, preferir unos universos placenteros en los que ellos eran siempre protagonistas a la cruda realidad de una silla de ruedas. De hecho, a consecuencia de las pruebas varios de ellos habían tenido serios problemas mentales que se habían zanjado en todos los casos con su exclusión inmediata del programa.

A menudo Arturo había preguntado la razón por la cual se habían elegido inválidos y no personas físicamente normales para el proyecto, y siempre había recibido la misma respuesta: Se trataba de ofrecer una mayor calidad de vida a quienes se veían condenados a arrastrar su existencia en condiciones que distaban mucho de ser mínimamente satisfactorias. Sin embargo, Arturo sospechaba que el motivo real era otro bien distinto: Los responsables del proyecto *Segismundo* temían que las sesiones de realidad virtual pudieran llegar a convertirse en una auténtica droga capaz de provocar una irrefrenable

adicción a todos aquéllos que participaran en las mismas. El riesgo de que los participantes en el proyecto acabaran rechazando la realidad refugiándose en sus ensoñaciones era demasiado cierto como para ignorarlo; por esta razón se habían elegido tetrapléjicos. Era evidente que para éstos la tentación sería todavía mayor, pero ¿qué se perdía con ello? ¿A quién le importaba lo que pudiera ocurrirles a unos pobres inválidos que tan sólo suponían una carga para la sociedad? Al menos así podrían ser útiles sustituyendo a otras personas capaces de desempeñar otras tareas que a ellos les estaban completamente vedadas. Además, suponía que pensarían los responsables del programa para autojustificarse, ¿no les proporcionaban placer?

Pero ellos nunca serían conscientes de la enorme frustración que suponía para los voluntarios terminar una simulación en la cual habían comandado flotas estelares, reinado en imperios milenarios o conquistado continentes enteros, para descubrir que tan sólo eran unos pobres e inútiles inválidos. No, nunca lo sabrían, y ni tan siquiera los psicólogos que controlaban estrechamente su estado mental llegarían a calibrar en toda su magnitud la tragedia que les atormentaba cada vez que les desconectaban del ordenador.

Probablemente todos ellos acabarían locos, se dijo con amargura. Quizá debiera luchar contra tan cruel destino, quizá debiera convencer a sus compañeros para que abandonaran todos ellos el proyecto antes de que fuera demasiado tarde, antes de que perdieran irreversiblemente la razón; aunque en el fondo sabía que no lo haría, que no se atrevería a hacerlo ni tan siquiera él solo. Porque mientras pudiera gozar de la vida, aunque fuera de forma efímera y falsa, su existencia tendría algún sentido. No le importaba el mañana; confinado como estaba en una silla de ruedas, ¿qué más le daba perder la razón cuando su vida era tan sólo un miserable arrastrarse por el discurrir de los días? Al menos, mientras era almirante, rey o conquistador podría disfrutar de unas vivencias dignas.

No, no renunciaría; se dijo mientras le dejaban junto a sus compañeros. Y olvidando sus lúgubres pensamientos, procedió a satisfacer la curiosidad de éstos contándoles las peripecias del almirante Arturo Céspedes en su épica lucha contra los krulls y lo cerca que éste había estado de culminar con éxito su aventura.